

" BIOGRAFIA DE
SANTO TORIBIO DE
MAGROVEJO "

REINOSA 1898.

t.255416

C.

JT
COM

BIOGRAFIA DEL ESCLAVECIDO

SANTO TORIBIO ALFONSO MORGROBEJO



BIOGRAFÍA
DEL ESCLARECIDO
SANTO TORIBIO ALFONSO MOGROBEJO
ARZOBISPO DE LIMA, EN EL PERÚ
HIJO DE LA ILUSTRE VILLA DE
MAYORGA DE CAMPOS

escrita por un sacerdote de la misma villa,
Párroco de Reinosa, Archidiócesis
de Burgos,
que lo fué antes de la ciudad de Arévalo

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.



REINOSA
Imp. de Arsell de Irún y Rodríguez.
1898.

Sacerdos magnus, qui in vita sua
succulsit domum: qui curavit gentem
suam et liberavit eam à perditione.
Eccé. 50—1—4.

Sacerdote grande, que en sus días
reparó la casa del Señor, cuidó con es-
mero de su pueblo, y le libró de la
ruina.

Eclesiástico, Cap. 50—1—4.

ILUSTRE CONGREGACIÓN

Nunca dudé que, si algún día llegara á realizarse el feliz pensamiento de escribir la biografía de nuestro inclito paisano, á vos sin competencia alguna la dedicaría.

Después de dudas y ansiedades sin número, ocasionadas primero por la gravedad del asunto, y después por la pequeñez de mi talento, me resuelvo por fin á darla á luz, y ofrecerla á tan ilustre Congregación.

Espero la aceptará, sin más que atender al fin que me propongo, que no es otro, que extender y arraigar entre mis paisanos la devoción á nuestro Santo, antorcha brillantísima de la Iglesia Católica, y el blasón más precioso de nuestro amado pueblo. La obra reúne, á mi juicio, todos los caracteres de dignidad y nobleza, y sólo tiene de

II

censurable ser realizada por una pluma de la insignificancia de la mía.

En que la admitáis con benevolencia y agrado, depende todo el honor á que aspira este hijo de Mayorga, y vuestro siempre reconocido paisano.

Reinosa 2 de Septiembre de 1898.

Juan Carrera Barreda.

Biografía de Santo Toribio Alfonso Mogrobejo.

CAPÍTULO PRIMERO

Mayorga, su antigüedad é importancia.

Sobre una dilatada y llana colina, á la que el humilde Cea sonríe y arrulla con el suave murmullo de sus poco cristalinas aguas, á diez leguas Sur de la capital del antiguo é histórico reino Leonés, entre las célebres villas de Sahagún, Valencia Don Juan, Valderas y Benavente, todas memorables por su antigüedad y nobleza, levántase otra villa celosa competidora de las grandezas y glorias de tan ilustres hermanas.

El origen de esta preciosa joya de la corona de León, piérdese en la oscuridad de los más remotos tiempos; no faltando auto-

res que afirman ser la antigua Meoriga entre las ciudades de los Vaceos, si bien su nombre y los monumentos que se han conservado hasta nuestros días, acreditan suficientemente su fundación Romana.

Los muros de que se hallaba cercada, sus elevados torreones, las fortalezas, arcos y demas restos de los pasados tiempos, son señales evidentes, no ya sólo de su antigüedad, sino también de su importancia, como una de las principales plazas de armas en los gloriosos tiempos de la reconquista.

No considero aventurado el juicio de señalar la época de la fundación de esta villa, á la de la guerra de los Astures con el pueblo Romano en tiempo del Emperador Augusto, coincidiendo de esta manera la fundación de la capital, León, con la de la villa que nos ocupa, y obedeciendo á unos mismos fines, que no fueron otros que servir como de muralla defensiva contra las invasiones de estos fieros enemigos del pueblo Romano. La corta distancia de Astorga y Lancia sus principales capitales, y el hallarse situada en posición tan ventajosa pa-

ra aquellos tiempos, me inclinan á abrazar esta opinión.

Mayorga, que tal es el nombre de esta ilustre villa, viene de la palabra latina Major y de la adulterada Cega, sin duda para distinguirla de otra población, más antigua tal vez, però menos importante, sobre el mismo río, de quien recibe el nombre. Esta es mi opinión, sin que crea, ni mucho menos, estar acertado en mi juicio.

Después de la fatal y desastrosa batalla de Guadalete, en los campos de Jerez, esta villa como el resto de la Península, pasó al dominio de los bárbaros invasores, pero no debieron gozar por largo tiempo la pacífica detención de esta importante plaza, como lo acredita una fuerte muralla que la divide en dos partes, Norte y Sur, señal de ser habitada por razas enemigas, ó las terribles alternativas de ser unas veces Musulmana y otras Cristiana.

En los tiempos de los esforzados guerreros Alfonso el Casto y Magno, que extendieron sus conquistas por el país de Campos, Mayorga necesariamente debió representar

un papel importante, como centro de las operaciones militares en aquellas dilatadas é indefensas llanuras, siendo sus murallas y fortalezas testigos de sangrientas y encarnizadas luchas entre los partidarios del Corán y el Evangelio. En la jurisdicción de esta villa existen monumentos que descubren algunos rayos de claridad, en medio de las espesas sombras que envuelven aquellos tristes y calamitosos tiempos para nuestra infortunada patria. No muy lejos de ella debió tener lugar la célebre batalla que refiere Conde hacia el año 873, en la que perecieron los más valerosos guerreros de Almondhir. En el reinado de Bermudo II fué tomada y destruída esta plaza por las huestes victoriosas del soberbio y valeroso Almanzor, quedando completamente despoblada, en castigo de la tenaz y vigorosa resistencia que le opusieron la guarnición y sus valerosos habitantes, permaneciendo en esta tan dolorosa situación hasta el reinado de Fernando II que la mandó repoblar, reparando sus derruídas murallas y los fuertes de la Mota y Miramete, situados

en los extremos de la población. Desde esta época, año 1.170, Mayorga adquirió tal importancia, que los reyes habitaban en ella gran parte del año, celebrando Cortes, y dándola el título de cabeza de Condado, que conservó por largo tiempo. Pero cuando Mayorga descubre toda la grandeza de su importancia histórica, y su poder estratégico militar, es en el reinado de Alfonso IV el Emplazado. Disputaban á este joven monarca la corona de Castilla y León, los infantes de la Cerda, apoyados por el Monarca Aragonés, siendo muchas é importantes las plazas que se les rindieron, entre ellas, la misma capital, en donde fué coronado y reconocido rey uno de los Infantes. Sólo Mayorga, puede decirse, se mantuvo fiel á la valerosa y nunca bien alabada D.^a María Molina, madre de D. Fernando y Regente del Reino. Por dos veces sufrió el más duro bloqueo de los ejércitos enemigos, hallándose, sobre todo en el último, abandonados los habitantes á sus propios recursos, sin querer rendirse, apesar de la grande escasez de víveres y guerreros, que pere-

cieron en las frecuentes salidas contra el Infante de Aragón, que con quince mil hombres la tenía cercada. Mas la defensa fué tan heróica, que los sitiadores, desconfiando de poder rendirla, y habiéndose á la vez desarrollado en el ejército invasor una peste, levantaron el sitio, retirándose el Infante con su ejército medio destrozado á Torrehumos, en donde á los pocos días falleció agoviado de pena por el mal resultado de su empresa. Todos los historiadores están conformes en asegurar que á esta villa ilustre cabe el honor, principalmente, de haber asegurado la corona sobre las sienes del Rey niño, y consolidado las bases de su combatido y vacilante trono. Estos hechos y otros muchos que refiere la historia, y que no pueden caber en esta breve reseña, dan testimonio cierto é incontestable de la importancia de Mayorga, como una de las primeras villas de León y Castilla, razones todas por las que se la concedió llevar en sus armas un medio león coronado en campo blanco, con el título de ilustre, que hoy conserva.

Su dilatada y hermosa ribera, poblada de robustos y gigantescos olmos, frutales de diferentes clases, ofrece una perspectiva deliciosa y encantadora para los caminantes que cruzan aquellas vastas y áridas llanuras, siendo muchas y ricas las huertas en la ribera del Cea, que producen sabrosas verduras, de que se surten los pueblos de Campos, contribuyendo á la vez al sostenimiento de innumerables familias, dedicadas á su cultivo con penosos y constantes trabajos. Las vegas, que en países más adelantados, serian suficientes para sostener una población más que doble que la con que hoy cuenta, reducida á seiscientos vecinos, consagrados á los trabajos agrícolas, su única riqueza, se hallan en el mayor abandono, siendo gravísimos los daños que ocasionan las aguas desbordadas del rio, que invade los sembrados, arrancando de cuajo el precioso suelo, cubriéndole de estériles arenas y pantanos, volviendo infecundas unas campiñas, llamadas por su natural condición á ser un rico venero de granos, y mejor aún, un criadero riquísimo de ga-

nados, que en tiempos no muy remotos hacia de Mayorga una de las poblaciones más ricas de Castilla.

Dentro de su dilatado perímetro, capaz para diez ó doce mil habitantes, álzanse seis torres antiguas y monumentales, de masa arcillosa unas, dura como el granito, semejantes á la muralla, otras de ladrillo y piedra, de estructura gallarda y graciosa, como la del Salvador. Los templos tienen su mérito reducido á los retablos, llamando entre ellos la atención los de la iglesia de San Juan, Santa María de Arbas y Santa Marina, los más antiguos de la villa. Tiene un convento de Religiosas Dominicás, antiguo, con un buen templo de una sola nave, y tres altares, más modernos al parecer que el monasterio, tallados y de grande mérito. Lleva el título de San Pedro Martir, encerrando dentro de sus sagrarios esta iglesia, las preciosas reliquias de San Nabor, patrón de la villa, y de Santo Toribio, hijo esclarecidísimo de la misma. Por carecer de datos no me extiende en más detalles acerca de este monasterio, íntimamente rela-

cionado con la historia de Mayorga, como lo acreditan las armas de la villa, que en él se ostentan, y hallarse el cuerpo del Patrono, reliquia insigne, traída de la misma Roma, en donde sufrió el martirio, y la del Santo hijo de Mayorga, colocada en uno de los laterales con preciosa imagen del mismo.

El hospital de San Lázaro es otra de las fundaciones que acreditan la grandeza y religiosidad de Mayorga, pues estaba dotado con muchas y pingües rentas, que recibía de fincas rústicas, hoy enagenadas por el Estado. Hállase asistido por hijas de San Vicente de Paul, dedicadas además á la enseñanza. Cerca de la iglesia de Santa Maria de Arbas, perteneciente á la Abadía de su nombre, se halla la Casa de los Canónigos de San Eloy de Carrión, de gran solidez y capacidad, dedicada á escuelas de ambos sexos y vivienda de los profesores.

Existe aun la Iglesia de Frailes Dominicos, que debido á la calamidad de los tiempos en primer lugar, y después á la incuria de los mayorganos, será dentro de poco un montón de ruinas, cuando su capacidad

y hermosura debieran haber llamado la atención parapreferirla á otras como parroquia, por carecer de solidez y belleza.

Conservanse recuerdos de otras muchas Iglesias dentro y fuera de la población, como las de Santa Cruz, San Martín, Santa Catalina, San Pedro, Santa María de Terrados, entre las cuales algunas mantienen señales, y otras que no presentan ninguna de su existencia. Se ven todavía las ruinas de un edificio contiguo á la fortaleza de la Mota, llamada el Templo, prueba inequívoca de que la plaza estuvo encomendada á la orden militar de los Caballeros de este nombre, y así lo confirma la historia, pues en el año 1310 Mayorga era una de las Bailías de los Templarios.

No quiero terminar este capítulo sin hacer especial mención, aunque con sentimiento profundo, de otro monumento, que tantos días de gloria y tantos beneficios proporcionó por largos años á mi querido pueblo. Me refiero al Convento de Padres Franciscanos de fundación antiquísima, y tan ventajosamente situado, que el Monge desde su

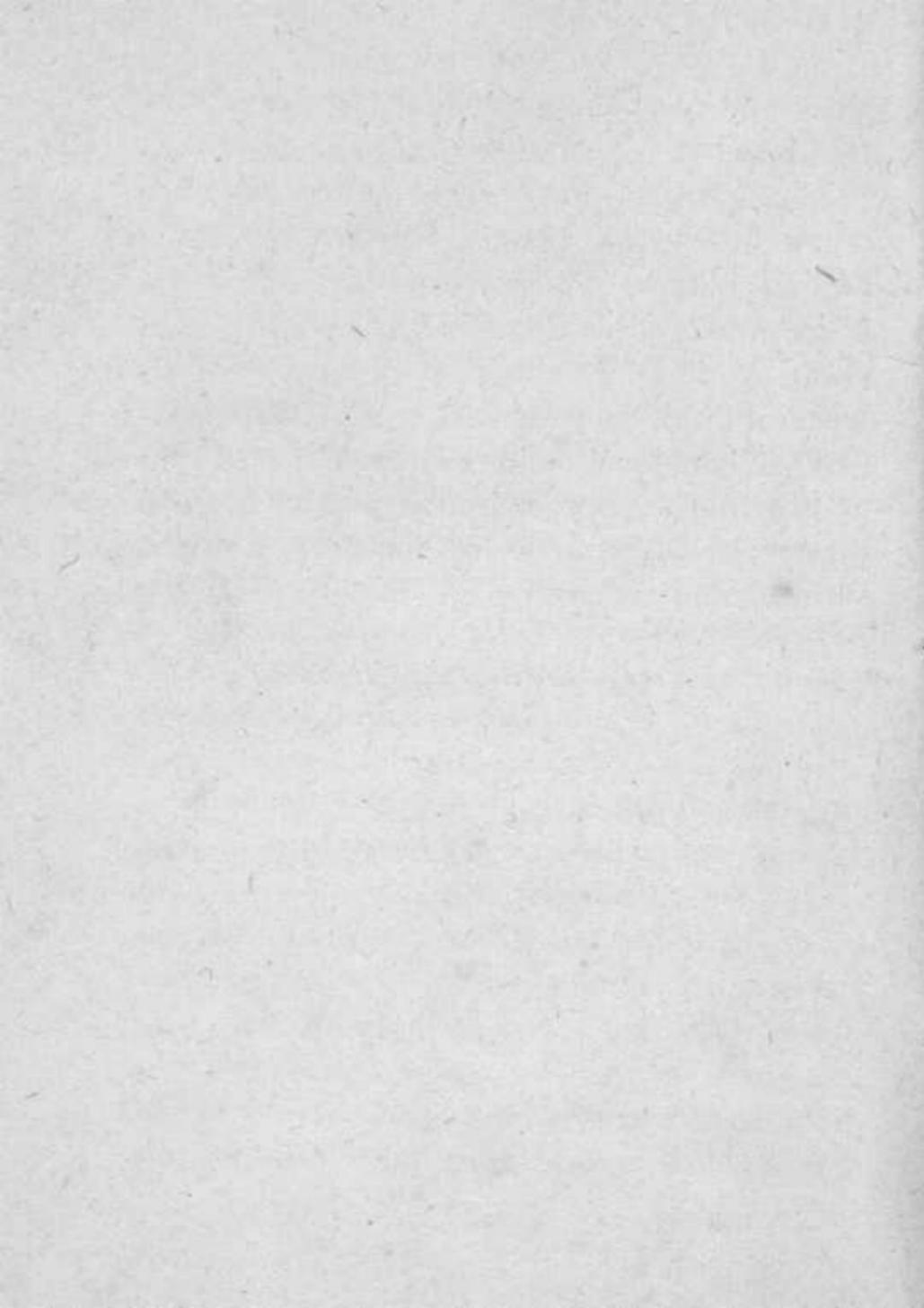
celda abarcaba con una mirada inmensas llanuras, hasta las encumbradas crestas de las montañas de León y Galicia. El templo de este ilustre Monasterio, que en mi niñez contemplé ya desmantelado, con sus soberbios arcos derruidos, capillas con mosaicos y sepulcros de gran mérito, hoy ve pasar el arado sobre sus cimientos, removiendo las cenizas de aquellos sabios y santos varones, que fueron la admiración de nuestros padres, oyéndose el triste y melancólico cántico del buho, allí donde resonaban los dulces y religiosos ecos del fervoroso monge. Se conserva un arco por el cual bajaba el religioso á cultivar ó á recrearse á una hermosa huerta, en la que existe una fuente hecha con tal ingenio y gusto, que revela la laboriosidad y talento de esos hombres, á quienes las generaciones presentes recuerdan con cierto desdén, que se parece al desprecio. Entre los edificios profanos, que merecen nombrarse, recordaré á mis lectores la Casa Consistorial, situada en uno de los lados de la plaza mayor, con sólidos arcos de piedra de no

muy antigua construcción, el palacio de Osuna en la calle Mayor, próximo á desaparecer hasta en sus cimientos; la casa de Calderón y del Sr. Osorio, un palacio del Conde de Catres reformado, y algunas casas de moderna construcción. A la salida para Villalón se vé todavía un arco, sobre el cual debió existir una especie de torre para defensa de la plaza; y sobre el río hay un hermoso puente de piedra sillería, con trece arcos desiguales. Fuera de la población existen ruinas de pueblos que pertenecieron á la jurisdicción de esta villa, cuyos terrenos están á ella incorporados, haciendo de este modo el campo de Mayorga tan extenso, que para ser labrado con el debido esmero, se necesitaría un vecindario doble del que tiene, ó labranzas más numerosas y mejor montadas que las que cuenta. Sobre el río hay hasta cuatro molinos en su inmenso territorio, hoy verdaderas fábricas harineras que surten á muchos pueblos de la circunferencia.

Para terminar este capítulo sobre la importancia de Mayorga, réstame decir, que

en el año 1445 reinando en Castilla D. Juan II, padre de Isabel la Católica, Mayorga tuvo dentro de sus muros, un ejército de portugueses que vinieron como auxiliares del Castellano en las guerras sostenidas con la grandeza y los Reyes de Navarra: y 1808 el día 20 de Diciembre, se alojaron veintitres mil infantes y dos mil trescientos caballos, de los ejércitos invasores. Estos son en compendio los antecedentes históricos más dignos de referirse de la ilustre y antigua villa de Mayorga.





CAPÍTULO SEGUNDO

Padres de Santo Toribio

Empezaba con alegre y placentera faz el segundo tercio del siglo XVI, cuando nuestra amada patria rayaba á la altura de su mayor esplendor y grandeza. El cetro del Emperador Carlos V de Alemania, y Rey primero de este nombre en España, dirigía, puede decirse, á su arbitrio los asuntos del mundo entero, consternándose la Europa, ante su poderosa y bélica presencia, y enmudeciendo la tierra al pavoroso eco de sus victoriosas armas. Los guerreros españoles enarbolaban los pendones de Castilla donde quiera que el sol difundía sus hermosos y brillantes rayos, añadiendo cada día nuevas y riquísimas perlas á la corona de España con las conquistas de desconocidas tierras en los más apartados climas. Los

talentos más eminentes y los genios más distinguidos descollaban en esta nación venturosa cual en noche clara las estrellas en las diáfanas bóvedas del firmamento, ó las delicadas y pintadas flores, que sirven de rica alfombra á los prados en la más deliciosa primavera. No es posible hallar en nuestra pátria un siglo tan feliz, un rincón por oscuro y retirado que sea, que no pueda ofrecer á la historia el nombre de una eminencia, un verdadero portento, ya en las letras ó en las armas, ya en las artes ó en virtudes. Dificil será al más aventajado escritor formar un catálogo descriptivo de sólo los más salientes ingenios, que con su valor unos, con su talento otros, y con sus virtudes heróicas muchos levantaron el honor de España á tal altura, que será difícil por no decir imposible, que nuestra historia vuelva á recordar á sus hijos un siglo más dichoso. Basta traer á la memoria los ilustres nombres de Herrera, Gonzalo de Córdova, Morales, Saavedra, Granada, Mariana, Lope de Vega, Juan de Austria, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara y Teresa de

Jesús, para confirmar esta tan grata y lisonjera verdad, y para que los verdaderos hijos de España podamos felicitarnos de haber nacido en la pátria de tales esclarecidos héroes. El espíritu religioso, que á todos indistintamente animaba, formando puede decirse, su caracter, es el testimonio más auténtico, la prueba más convincente de que la Religión Católica, lejos de oponerse como pretenden algunos, al desarrollo de las ciencias y prosperidad material de las naciones, es por el contrario el auxiliar más poderoso, y que los sentimientos de piedad cristiana contribuyen altamente á hacer á los hombres nobles, ingeniosos y esforzados.

En estos días de gloria para nuestra pátria, vivía en Mayorga, ilustre villa del antiguo reino de León, un matrimonio feliz, distinguido, por la nobleza de su sangre, y por las elevadas virtudes, y otras prendas que le adornaban. El esposo llamábase don Luis Alfonso de Mogrobejo de las más distinguidas familias del reino Leonés, y la esposa doña Ana Robledo y Morán, natu-

ral de Villaquejida, no muy distante de la antigua Coyanza, hoy Valencia D. Juan. Este matrimonio debió celebrarse sobre el año 1535 al 1536 porque nuestro Santo Toribio, hijo segundo, nació en 1538, el mismo en que en Italia apareció un astro de la mayor hermosura en santidad, San Carlos Borromeo, tan semejante al hijo de D. Luis, que la Iglesia Católica, maestra de la sabiduría, parece igualarlos al dedicar á estos dos grandes Santos una misma oración en su sagrada liturgia. Los dos fueron destinados por la Providencia para ser modelos acabados del Episcopado, ornamento del sacerdocio, timbre glorioso del Catolicismo.

Vivían éstos dichosos cónyuges en la más envidiable paz y perfecta armonía, consagrados absolutamente al servicio de Dios y cuidados domésticos, siendo la admiración de sus paisanos por su acendrada piedad, y por los generosos rasgos de misericordia con los necesitados, á quienes espléndidamente socorrian con los abundantes bienes, que el Cielo les concediera. Don Luis, que ejercía el honroso cargo de Reji-

dor perpétuo en la villa, era un completo caballero á la usanza de aquellos afortunados tiempos, sencillo en su trato, puro en sus costumbres, rígido en el cumplimiento de sus deberes, cariñoso con su esposa, dulce con sus criados, amable con todos sus convecinos, á quienes con su posición y poderoso ejemplo, servía de lazo de unión para mantener el orden entre las familias, tanto social como religioso. Era en una palabra el verdadero padre y guía de aquellos sencillos campesinos. D.^a Ana, modelo perfecto de señoras cristianas, conforme en todo al retrato de la mujer fuerte de la Escritura, entregada con delicado esmero al cuidado de sus domésticos y gobierno de la casa. Estos dos bellísimos corazones, animados de unos mismos sentimientos, gobernados por el influjo santo de la divina ley, y como fundidos en un mismo molde, necesariamente habían de dar por resultado la santificación de la familia, atrayéndose con su vida ejemplar y sus virtudes, las bendiciones del Cielo. Así lo prueba el preciosísimo tesoro, que el Señor les prepara-

ba con el nacimiento del hijo, á quién la Iglesia Católica venera en sus altares con el nombre de Toribio Alfonso de Mogrobejo.



CAPÍTULO TERCERO

Expansiones del autor.

Yo soy también hijo de tan memorable y afortunada villa, respiré por vez primera aquellos aires embalsamados más por la fragancia de las virtudes de los piadosos Mogrobejos, que con los aromas de sus frondosas huertas y jardines. Soy hijo de Mayorga, y respondería muy mal á los vivos deseos de mi corazón, haría como traición á las ideas concebidas en mi alma desde los albores de mi vida de reflexión, faltaría, en fin, vergonzosamente, á los deberes que me impone la gratitud, sino revelase en la manera que alcanzan mis humildes fuerzas, por medio de mi torpe y nada elegante pluma, la entrañable devoción, el cariño y purísimo afecto de ternura y amor, que en el fondo de mi pecho conservo desde mi in-

fancia á mi santo y esclarecido paisano. El nombre dulce y encantador de Toribio fuera tal vez el primero que pronunciaran mis balbucientes labios, porque en el hogar donde se meció mi humilde cuna, y se arrullaron los sueños de mi niñez, era repetida con frecuencia esta bendita palabra, hallándose como impresa en el corazón y en la lengua de mis queridos y religiosos padres.

El eco sagrado de Toribio circula sin cesar por las calles y plazas, resuena por la estrechez de los valles y anchura de los campos, se le oye con especial placer en las juntas de los jóvenes, en las tertulias de los ancianos, se le pronuncia con especial reverencia en los templos, y los desvalidos y pobres, apenados y enfermos le invocan con confianza tal en sus infortunios y dolores, que el corazón más agitado, siente al momento los dulces efectos de la quietud y la esperanza.

No hay madre alguna, que no inspire á sus hijos desde la infancia, estos tiernos sentimientos de devoción y amor á su santo paisano: no hay una siquiera que no blaso-

ne de celosa y entusiasta propagandista de su culto, desde la elevada señora á la humilde campesina. En todas vese cumplida exactamente esa delicada y sublime misión, que la naturaleza y la Religión de perfecto acuerdo han confiado á las madres cristianas en relación á la educación de sus hijos.

¡Querida madre mía! permite que en esta ocasión evoque con placer, y hasta con entusiasmo tu respetable y gratisimo nombre. Tú, siguiendo con fervoroso y constante afán el laudable ejemplo de las madres mayorganas, cuando al pié de la cuna de tus hijos, velabas sus dulces sueños de la infancia, rebosando tu pecho cariñoso de devoción á Toribio, invocabas con ardiente fé su santo nombre, para hacer al Cielo propicio con su intercesión, para su futura suerte. Tú, día y noche le rogabas fuese el guardián poderoso de su vida, Tú, al recostarlos sobre tu cariñoso y enardecido pecho, á la vez que les dabas alimento de tu misma vida, recreabas sus oídos con devotos cánticos que la piedad inspirárate

sabía. Ah!, cuantas veces en aquellos infantiles arrebatos, producidos por la irreflexión, en medio de las molestas, é intemperantes lágrimas, se deslizaban de tus labios estas sencillas y nunca bien estimadas quejas: Válgame Santo Toribio bendito y cuánto me hacéis sufrir, hijos míos. Perdona, madre de mi corazón, tantos disgustos por mi causa devorados. En el alma he agradecido siempre tus constantes desvelos y penosos sacrificios de paciencia y caridad empleados en mi educación, enseñándome el temor de Dios y la devoción á nuestro Santo paisano. Pagad todos, hijos de Mayorga, á vuestras madres estas deudas de gratitud, pues ellas desde la infancia os enseñaron á pronunciar con respeto tan venerable nombre: ellas llevándoos de la mano á la ermita en donde su bendita imagen se adora y su reliquia, pronunciaban en vuestra presencia acompañadas de lágrimas estas tiernas frases: hijos míos, aquél que cercado de hermosura contempláis en elevado trono, es el Angel que vela por este pueblo suyo; es el sol que ba-

ña con benéficos rayos de luz, paz y bonanza, esta noble villa: ese es el gran sacerdote, hermano nuestro, que ruega en la gloria por nosotros: él es nuestro especial y poderoso abogado ante la justicia divina, cuando está irritada por nuestras culpas. Imitad á vuestras madres, doncellas mayorganas á quienes el Señor tiene destinadas para sucederlas en tan delicado é importante cargo: educad en su día á vuestros hijos bajo la influencia poderosa y dulce de la devoción á Toribio, para que jamás se agote la fuente del agradecimiento, por el singular y nunca bien alabado beneficio que dispensara la Divina Providencia á nuestro pueblo escogiéndole para cuna del gran portento de santidad, verdadera maravilla de sabiduría y de virtud.





CAPÍTULO CUARTO

Ermita del Santo.

Al Norte de la meseta en donde se halla situada la villa, paralela á la iglesia prioral de San Juan, de la que la separa un ancho camino vecinal, teniendo por uno de sus lados la población, y por el otro un espacioso mirador que franquea la vista de toda la ribera y las inmensas llanuras de viñedo, álzase un modesto edificio, alegre cual jardín esmaltado de flores, brillante como sol de primavera, benéfico á semejanza de la Piscina de Siloé. Este es aquél bendito lugar en donde vió la luz por primera vez el hijo que por si sólo hace la más encumbrada gloria de Mayorga, el héroe que con sus virtudes acrecentó los honrosos títulos y blasones de León y de Castilla. En este lugar, hoy convertido en ermita, vino al

mundo Santo Toribio Alfonso Mogrobejo, y en él recibe los religiosos y devotos cultos de sus apasionados paisanos.

El mérito artístico de esta ermita no es de grande importancia, exceptuando el presbiterio, que contiene en un altar precioso la bellísima y simpática imagen del Santo en traje de Arzobispo, y en actitud de confirmar á la flor americana Santa Rosa de Lima. En sus lados se contemplan en lindos tarjetones los principales hechos de su admirable y prodigiosa vida, desde el bautismo, en que aparece como niño de singular belleza, adornado con lustrosos vestidos, hasta el sacerdocio, en que sobre el altar se le contempla cual ardiente querubín, ofreciendo el Santo Sacrificio. Son tiernos y encantadores los cuadros en donde se le vé disciplinando sus purísimas carnes, y otro en que se despide á caballo de su anciana madre y familia, para trasladarse á América. Sin embargo de la sencillez de cuanto se encierra en esta ermita, obsérvasse en ella cierto aire de gravedad, unido á un placer inexplicable, que excita á la vez

al recogimiento y á la alegría. El corazón parece dilatarse, y el alma se eleva expon-táneamente cuando se huellan los umbrales, y se descubren las bóvedas de aquella casa, morada de tan ilustre familia, santificada con las virtudes de un varón tan distinguido. Se conservan algunas habitaciones que recuerdan la modestia de aquellos afortunados tiempos, que contrasta admirablemente con el lujo deslumbrador del siglo en que vivimos. Difícil sería persuadir á quien sin antecedentes visite estos lugares, que en ellos pudiera albergarse la ilustre familia de los Mogrobejos. Tres son las naves de este reducido templo, con sencilla bóveda, y una media naranja que ostenta en pintura efigies y atributos del Santo. Sus altares, además del mayor, son cuatro, dedicados á los depositos de la Virgen y San José, San Pedro Apostol, San Antonio de Padua y Santo Toribio, colegial. Tiene un hermoso camarín con una imagen pequeña del Santo, habilitado para el sacrificio, y varios cuadros, algunos de mérito, que representan diferentes sucesos de su vida. No puedo

pasar en silencio el precioso donativo del Exemo. Sr. Obispo de Palencia, D. Jerónimo Fernández, criado desde la infancia en esta villa, aunque no nacido en ella, devoto entusiasta, y admirador de las virtudes de su esclarecido paisano, que consiste en un órgano, terno de gran valor y un estuche completo de plata para la santa Misa, dando con estos rasgos de generosidad, una prueba convincente de lo arraigado que tenía en su corazón el amor á Santo Toribio, que heredó, como todos los mayorganos, de sus piadosos padres, y sobre todo de una señora, tía suya, que tomó á su cargo la educación de este sabio príncipe de la Iglesia, honra también de la ilustre villa de Mayorga.

En esta ermita está fundada la ilustre Congregación Toribiana, compuesta de sacerdotes y seglares de la mejor posición de la villa, á cuyo cargo están, en unión del Ayuntamiento, los cultos que se tributan en las dos festividades de Abril y Septiembre.

Hállase también instalada la Congregación de Hijas de María, las cuales poseén

una preciosa imagen, regalo de un padre franciscano de Filipinas, y á la que rinden durante el año frecuentes y esplendorosos cultos.





CAPÍTULO QUINTO

Nacimiento de Santo Toribio y su infancia

Sin los caudales de conocimientos y otras disposiciones, que demandan asuntos de la importancia, que mé he propuesto tratar, me aventuro cual temerario navegante á penetrar con la debil barca de mi escasa inteligencia en el profuudo y vastísimo oceano de la vida de un héroe, cuyos hechos tan variados, á la vez que prodigiosos y sublimes, reclaman necesariamente las aptitudes de una sabia y elegante pluma, los esfuerzos vigorosos de distinguida capacidad literaria.

Porque ¿qué podré yo decir, que explique dignamente, y dé á conocer á mis lectores, acerca de las grandezas del genio castellano, del verdadero mérito de un canonista tan ilustre, de un inquisidor tan íntegro y

justo, de un sacerdote tan humilde y santo, de un prelado entre los más eminentes en sabiduría y virtud que ha visto el suelo de América? ¿Como exponer los rasgos de un corazón en sumo grado fuerte, misericordioso y compasivo, las cualidades extraordinarias de un alma radiante y pura, que en medio de un siglo, con justicia llamado de oro en nuestra España, despidе luces especiales de vivo color y esplendoroso brillo? ¡Ah! Santo Toribio, el hijo de la ilustre villa Leonesa, es sin duda uno de esos astros que sirven de grande ornamento al cielo de la iglesia española, es uno de esos distinguidos varones en cuyo pecho hallaron abrigo las virtudes sublimes de los grandes santos, y la ciencia más perfecta de los sabios. No es pues de admirar que mi ánimo desmaye, y que mi pluma asaz novel y torpe, se detenga ante una empresa de tanta elevación, y muy superior á mis débiles fuerzas. Sin atender á las fuertes impresiones de mi sentimiento patrio, y escuchar los dulces y delicados ecos del amor, que sin cesar estan vibrando en mi pecho mayor-

gano, ingénuamente confieso que hubiera desistido de una tan árdua y comprometida empresa. Mas después de serios temores é innumerables dudas, obedeciendo sólo al ardiente deseo de contribuir, aunque en pequeño grado, al conocimiento de las esclarecidas virtudes, y al desarrollo de la devoción de un Santo tan poderoso, juntamente con el amor à la Iglesia, en cuyos deliciosos y amenos jardines brotan únicamente, y à merced de los jugos de la gracia divina crecen esas bellísimas flores que embalsaman la atmósfera del mundo, y arrebatan la admiración de cuantos reflexivamente las absorben. Previas estas advertencias, que he creído conveniente anticipar, con el fin de evitar del engaño à mis queridos lectores, doy principio, señalando la época del nacimiento de nuestro santo el día 11 de Noviembre de 1538, en que la iglesia celebra la fiesta del santo español, llamado Toribio de Liévana. Algunos autores señalan su nacimiento en el día 16 de este mismo mes, y el Padre Croisset afirma que no puede asegurarse el día

de su nacimiento. Mi opinión se funda en que siendo sus padres tan piadosos, seguramente le impondrían el nombre del santo en cuyo día naciera, y habiendo visto esta opinión en autores serios y dignos de crédito, esta es la que ofrezco con señales de verdad á mis lectores.

Nada puede afirmarse del templo en que recibió las aguas regeneradoras del bautismo, pues aunque existiese ya la iglesia de San Juan de las órdenes militares, no puede asegurarse que entonces tuviera el carácter de parroquia, ni su demarcación dado caso que así fuera, inclinándome á sospechar si la parroquia de Santa Cruz muy antigua é importante en aquellos días, y no muy distante de la casa del santo, sería la que tuvo la gloria de recibir entre sus fieles al esclarecido Mogrobejo. Sin datos seguros no quiero privar á ninguna otra del honor que pueda caberla de haber incorporado al rebaño de Jesucristo miembro tan distinguido. Esta dificultad estaría desvanecida con haber conservado como preciosa reliquia la pila bautismal,

como se ha realizado en diferentes localidades. En este punto no puedo menos de censurar la incuria de aquellos por otro lado tan piadosos cristianos. Los hechos de su infancia, que una tradición firme y constante nos refiere, asegurada en monumentos del mayor crédito, nos le presentan como un modelo acabado de oración, de penitencia y misericordia, virtudes que descollaron en él, durante su larga vida, y que formaron puede decirse, su caracter. Dulce y apacible por temperamento, humilde y docil por condición natural, caritativo á beneficio de la gracia divina, que pudieramos llamar innata en su precioso corazón, sumiso siempre á la voluntad de sus padres á quienes jamás dió siquiera pretexto para dirigirle la más ligera reprensión: este es el verdadero retrato del niño Toribio Mogrobejo. Los cuidados de sus padres no se dirigian á velar sobre sus costumbres, como sucede de ordinario en esa edad, antes por el contrario se encaminaban á moderar los rigores de la penitencia, los rasgos de caridad ardiente, y los ejercicios de piedad, á

los que con frecuencia se aplicaba. Su bendita madre le sorprendía dulcemente, aunque con grande asombro, en los sitios más apartados de la casa haciendo altares, ante los cuales encendía cirios, doblando sus tiernas rodillas, y con sus manos cruzadas sobre el pecho permanecía largos ratos en actitud de orar, hallando en estos ejercicios su más favorita ocupación. Con los niños de su edad, á la vez que cariñoso y afable, era grave y magestuoso, no consintiendo en su presencia juegos y entretenimientos profanos: ordenaba con ellos procesiones, entonaba cánticos religiosos, imitaba las ceremonias de la misa como preparándole el cielo para el ministerio que había de desempeñar algún día con tanta gloria para la religión y utilidad de las almas.

La razón se anticipó en él mucho á la edad de la naturaleza, y puede asegurarse que llegó á penetrar las ventajas de la vida cristiana sobre las delicias vanas del mundo, la importancia de la oración para unirse á Dios y desprenderse de las criaturas, la necesidad de mortificar los sentidos y

castigar la carne sujetándola al espíritu, antes que esa luz, sin un privilegio especial de la gracia, pudiera inspirarle tan rectos y sublimes sentimientos. El Señor infundió en su tierno corazón tan fervorosos deseos de perfección cristiana, derramando sobre su alma torrentes de celestiales dones, tan abundantes, que difícilmente pueden explicarse, y menos comprenderse los efectos de una vida tan inocente y mortificada, sin consentir de lleno en estos poderosos auxilios de la gracia. Hay una capilla muy reducida y apartada en la parroquia de San Juan, á donde se cuenta por tradición, que, con frecuencia se retiraba este abrasado Serafín para meditar ante una preciosa imagen de Jesús Crucificado, haciendo salir sangre de su cuerpo al rigor de crueles disciplinas. El pueblo entero de Mayorga conserva una especial devoción á este sagrado sitio, en donde le parece ver aún prostrado al niño Toribio con los ademanes más humildes, elevando al cielo fervorosas súplicas, cual olorosos vapores de aromático incienso. No hay un sólo mayorgano que

deje de visitar durante el año este sagrado recinto, y que no aplique con veneración sus labios á aquellas losas, testigos mudos, pero elocuentes, de los prodigios de penitencia y maravillas de la gracia en el niño Mogrobejo. El Señor, en sus sabios é incomprendibles juicios, escoje ciertas almas para los elevados destinos que tiene ya dispuestos en los decretos de su altísima Providencia, y sobre ellos derrama con profusión abundantes y preciosos dones de naturaleza y gracia. Este es, indudablemente, el principal y más poderoso resorte que mueve el corazón humano, y le eleva á ese grado de perfección que tanto nos asombra y nos admira. Pero aparte de estas disposiciones de la Providencia, y de ese paternal cuidado con que Dios vela desde la infancia y acompaña todos los pasos de esas almas escogidas, para que no se desvíen de los caminos rectos de la virtud, ejerce grande influencia la educación que se recibe de los padres y maestros, la cual viene á ser como una segunda vida, que da vigor y robustez al corazón humano. A la nobleza de

la sangre unian los padres de Toribio las más propias y excelentes condiciones para formar hijos santos, y pagar á Dios en esta manera ese beneficio singular, verdadera gracia del Matrimonio. No empleaban el tiempo estos piadosos esposos en alimentar con vanas y peligrosas ideas la inteligencia de sus hijos, ni el corazón con deseos y aspiraciones que pudieran servir de pábulo á la pasión: en tan feliz hogar no se blasonaba de grandeza, ni de brillante porvenir; tampoco ofrecían en su trato las bellezas de falsos y aparentes placeres, ni los encantos seductores de las riquezas y del lujo; todas estas enseñanzas que fascinan la razón de los niños de los poderosos, y corrompen antes de tiempo sus sencillos corazones, estaban copletamente alejadas de la santa morada del noble D. Luis Mogrobejo. El conocimiento de Dios, el amor hacia su Ser divino, la observancia exacta de todos los preceptos de nuestra santa ley, respeto y consideración al sacerdote y al anciano, conmiseración con el pobre y desvalido, estas eran las enseñanzas favoritas, las cons-

tantes y predilectas ocupaciones de estos dichosos cónyuges. De esta sólida y piadosa educación tuvo naturalmente origen, como de fuente abundante y benéfica, esa rectitud de corazón, esa sencillez de costumbres, el amor á las cosas divinas y desprecio á las caducas y terrenas que contemplamos en tan temprana edad, no sólo firmemente grabado, sino en su mayor y completo desarrollo en el pecho de este tierno niño. El buen ejemplo y santas enseñanzas de los padres, producen estos frutos de bendición en los hijos, sino siempre, en el mayor número de los casos.

A la vez que castigaba su cuerpo con duras y continuas penitencias, y que practicaba con el mayor fervor y recogimiento la oración con otros actos piadosos, iba creciendo en su nobilísimo pecho la hermosa virtud de la misericordia. Los pobres hallaban en él un seguro refugio para sus miserias, haciendo las veces de mediador poderoso con sus compasivos padres. No le faltaban industrias piadosas, para ejercer frecuéntemente esta cristiana virtud, ya

privándose del alimento para entregárselo al hambriento, ya despojándose de alguna prenda de sus vestidos para cubrir su desnudez. Cierta día entró en casa de sus padres acompañado de unas pobres mujeres que lamentaban los daños ocasionados en su humilde tráfico por la travesura de algunos niños; Toribio expuso en su presencia con tan vivos y tiernos colores los perjuicios de aquellas infelices, que rindiéndose á las súplicas de su compasivo hijo, pagaron duplicado de los daños sufridos, dando gracias á Dios por haberles concedido un tesoro de tanto mérito. El Señor hacía descender á torrentes sus gracias sobre aquella noble familia, aumentando los bienes de fortuna, y proporcionándoles fieles y honrados serviciales que á la vez que cuidaban de los intereses de sus dueños, contribuían al desarrollo de la paz y buen orden en aquellos santos hogares. No faltaron milagros obrados por la mediación de este prodigioso niño: entre otros, se cuenta la instantánea curación de uno de sus amigos. Había éste caído en un mortal letargo,

cuando nuestro santo se acercó á su casa como lo tenía de costumbre, para que le acompañase á la escuela, y cual no sería su admiración, cuando oyó los lamentos de sus padres y parientes que le lloraban por muerto. Entra Toribio en el aposento en donde yacía tendido su amigo, y á la voz de levántate y vamos á la escuela, el niño se incorpora, y alegres marchan como siempre, seguidos de los que habían presenciado tal prodigio. Verdad es que la crítica apasionada, por no decir incrédula, de nuestro siglo, se resistirá á creer este y otros muchos portentos, con que el Señor quería dar público testimonio de la santidad del niño Toribio; pero haciendo aún caso omiso de estos milagrosos hechos, ¿no significan nada esos rasgos de caridad y misericordia para con el prójimo con que le hemos visto señalar los primeros pasos de su cristiana vida? ¿No son verdadero prodigio ese espíritu de mortificación y penitencia, ese conocimiento tan precoz como profundo, de las cosas celestiales y divinas en un niño en que apenas si empe-

zaba á vislumbrar la luz de la razón? ¿Porventura es ordinario en el hombre apartarse desde la infancia de las diversiones mundanas, huir de los juegos, buscar con ansiedad el retiro para entregarse á la oración, atormentar las carnes con el cilicio y disciplina, despojarse de los vestidos para cubrir al desnudo, quitar el pan de los labios para alimentar al hambriento, y otros hechos realizados durante la infancia de este santo? ¿Son estas obras acaso tan ordinarias y comunes, sobre todo en esa edad de irreflexion, que no se las puede dar el justo calificativo de sobrenaturales y milagrosas? ¿Es así como se conducen los niños, si su entendimiento y corazón no están iluminados con rayos de luz divina, y abrasados del purísimo fuego del amor? Es necesario, pues, convenir en que hubo verdaderos hechos milagrosos, y que empezaron á realizarse desde la misma cuna de este ilustre hijo de la villa de Mayorga. Mi querido pueblo contempló entonces con admiración las virtudes de este niño, y las trasmite fielmente de generación á genera-

ción para que estén más vivas en nuestro entendimiento, y firmes en nuestros pechos, que si se hallaran grabadas en el bronce.

En estos ejercicios y prácticas de virtudes sobrenaturales, iban deslizándose los años de la infancia de Toribio, cuando llegó el tiempo de dar principio á su carrera literaria.

Es de creer estudiase Humanidades en la misma villa, bajo la dirección de los Padres Franciscanos, que se dedicaron á la enseñanza hasta la exclaustración, y siendo tan aventajados y sabios maestros, le designarían sus religiosos padres estos piadosos profesores. Lo que está fuera de duda es, que, á los doce años, Toribio se hallaba tan adelantado en todos los conocimientos de la primera y segunda enseñanza, que se le consideró apto para estudiar el Derecho Civil y Canónico, como lo realizó en la célebre Universidad de Valladolid.



CAPÍTULO SEXTO

Valladolid. Recibe el bachillerato.

Convencidos los padres de nuestro santo, de las excelentes cualidades y grandes disposiciones, que revelaba para las ciencias, determinaron llevarle á Valladolid, para que en aquella ya célebre universidad, estudiara el derecho Civil y Canónico. Inmenso campo se iba á presentar al talento del escolar mayorgano, para brillar en el mundo literario, no era empero menor el peligro que habia de correr su inocencia. Joven de sólo trece años, sin experiencia alguna del mundo, alejado de la vista de sus cariñosos padres, envuelto entre los vapores de una viciada atmósfera, incorporado á una sociedad entregada á las formas de la etiqueta, la ostentación del lujo, el brillo de la Corte, y un sin número de diferentes ob-

jetos que distraen, ya que no extravíen el ánimo de los mejores inclinados niños; estas y otras muchas dificultades tenía que vencer su tierno y poco experimentado corazón para continuar libre y desembarazado por el camino de la virtud, estos grandes escollos tenía que evitar para seguir la práctica de las sencillas costumbres aprendidas en el hogar doméstico. ¿Cuántos rectos corazones no se pervierten, y cuántas almas nobles no naufragan en los borrascosos mares de los grandes centros, en donde tanto abundan los recursos de disipación y los elementos que halagan las pasiones de la inexperta juventud? ¿Cuántos bien educados mancebos impusieron sobre su alma cándida el duro y despótico yugo de los vicios para jamás alejarle de sí, arrastrando una vida miserable? Estos riesgos corría la inocencia de este niño en Valladolid, una de las ciudades en aquel tiempo más peligrosas por el fausto y la molicie de la grandeza que en ella tenía asiento, y los muchos y poderosos atractivos, para la relajación que de ordinario la acompañan: á juzgar

por lo que naturalmente sucede, era de temer, ya que no el abandono completo de aquellas tan puras costumbres y acrisoladas virtudes, por lo menos algun desvío y ligero eclipse en ellas. Pero sucedió todo lo contrario. El Cielo continuó con especial providencia velando por la suerte de este angélico joven, á quien reservaba para grandes é importantes destinos en la Iglesia.

A la sencillez de costumbres y rectitud de corazón unía Toribio, una extraordinaria inteligencia, un conocimiento superior á sus años de la flaqueza humana y malicia del mundo, no ocultándosele los esfuerzos que emplearían los enemigos de la salvación para cautivar su alma con los hechizos de los delicados placeres. Todo lo tenía presente su prudencia, y á todo además habían atendido sus piadosos padres para precaver su inocencia, y ponerla á seguro de los asaltos de la malicia y del engaño. Le instalaron desde luego en una casa de reconocida y bien probada piedad, encomendándole á persona de la mayor confianza, para que

observasen de cerca todos sus pasos, y emplearon por fin todos los medios que aconsejan la experiencia y el cariño para asegurar á este querido hijo de las seductoras máximas del corrompido mundo. No fueron necesarios, por más que no dejaron de ser muy oportunos estos cuidados, pues por todos suplía la sabiduría infinita, con cuyo amparo y visible protección contaba el nuevo escolar vallisoletano. El Señor le proporcionó un Director espiritual conforme á sus inclinaciones, á quien hizo dueño de su corazón, y cuyos consejos siguió siempre con la mayor exactitud, pudiendo asegurarse que obraba únicamente de acuerdo con lo ordenado por su confesor. Jamás se le veía en público, á no ser en las fiestas religiosas, á las que asistía con una devoción y recojimiento admirables, sirviendo de edificación á cuantos de cerca le contemplaban. Era asiduo y constante en la oración y en el estudio, puntual en la asistencia á las clases, obediente á las más ligeras indicaciones, atento en escuchar las explicaciones, que su talento comprendía

con toda exactitud, su modestia y compostura en las aulas era tal, que desde luego llamó la atención de todos sus condiscipulos, granjeándole el singular aprecio y consideración de los profesores. A pesar de la severidad que consigo mismo empleaba, por medio de rigurosas penitencias y ásperas mortificaciones, era tanta su dulzura en el trato con sus compañeros, y tanta su afabilidad en todas sus reuniones, que todos á porfía buscaban su amistad, ejerciendo sobre ellos el más poderoso ascendiente. Bastaba sólo su presencia para que cesaran las disputas, desaparecieran las desavenencias, se reconciliaran los enemigos, pudiendo decirse que era el Juez árbitro de las querellas y contiendas tan frecuentes en esa edad de la fogosidad de las pasiones. No podía el demonio mirar sin grande encono, por un lado las acrisoladas virtudes de este Santo joven, y por otro los daños que con su ejemplo causaba á sus perversos intentos, retrayendo á los compañeros de las ocasiones en que pudiera correr riesgo su virtud, animándolos al cumplimiento

de sus sagrados deberes. Así es que procuró derribar con sus maquinaciones diabólicas aquella firmísima columna, valiéndose de los fuertes y violentos golpes de la tentación. Ninguna virtud corre más peligro en esa edad, que la pureza, y á ella dirigió sus tiros el astuto tentador y cruel enemigo de las almas. Para esto se valió de una desenvuelta doncella que supo introducirse en su misma habitación, con el perverso fin de robarle el precioso tesoro de la virginidad, mas apenas el Santo descubrió estos satánicos planes, y los lazos que el infierno tan descarada y astutamente le preparaba, que volviéndose á esta impúdica joven la reprendió de una manera tan grave y enérgica, que confusa y avergonzada salió publicando la castidad y fortaleza de este nuevo José, y su criminal osadía. Cinco años permaneció en Valladolid este aprovechado y piadoso alumno, siendo la admiración del público por su vida ejemplar, del profesorado ilustre por su aventajado talento, constante y nunca desmentida aplicación, de sus condiscípulos por su modestia,

afabilidad y candor, siendo este bendito nombre objeto de las conversaciones de todos los centros, y considerado como verdadero prodigio de santidad, acabado modelo de escolares y de gloriosas esperanzas para el porvenir de la Patria. Un sólo hecho que refieren los historiadores de su extraordinaria vida, basta para darnos á conocer su conducta y hacer el más completo elogio, y es, que; después de su larga residencia en Valladolid, no llegó á conocer más calles que las que se dirigían al templo y á la Universidad. Ejemplo digno de ser imitado por los jóvenes que emprenden su carrera literaria en esas grandes poblaciones, en donde la pasión encuentra tantos elementos para avasallar y corromper su sencillo y tierno corazón. ¡Cuán pocos son los que en estos calamitosos tiempos saben resistir y sobreponerse á los medios de disipación é inmoralidad, que tanto abundan, por desgracia, en esos lugares en donde se hallan levantados los templos consagrados á la ciencia! Por esta razón es tan escaso el número de los virtuosos y los sabios, y, aun-

que se habla mucho y se blasona de ilustración y sabiduría, nunca el precioso tesoro de la verdadera ciencia está más escondido para la mayor parte de los que frecuentan los centros literarios, más que para ilustrarse, para pervertirse, como tristemente lo demuestra y enseña la experiencia. Recibido que hubo el grado de bachiller en el Derecho, con aplauso general de todos los profesores, pasó á continuar sus estudios á la célebre Universidad de Salamanca, la más acreditada entonces de nuestra España, emporio de las ciencias, y que tantos hombres ilustres ha dado á la Religión y á la Patria.



CAPÍTULO SÉTIMO

Toribio en Salamanca

Por más que considero ageno al fin que me propongo en este escrito, hacer una minuciosa descripción de los lugares que frecuentó el genio mayorgano, é ilustró con su sabiduría y distinguidas virtudes, no puedo resistir al deseo de hacer una corta reseña de esta noble y antigua ciudad, á cuyas glorias contribuyó mi amado pueblo contando entre sus más esclarecidos sabios á los ilustres Doctores D. Juan y Toribio Mogrobejo, los dos naturales de la villa de Mayorga.

Hállase situada esta ciudad á la orilla izquierda del Tormes, sobre una elevada colina, teniendo al S. E. á la memorable villa de Alba, en donde acabó su gloriosa vida la Seráfica Doctora Teresa de Jesús, honra

de España, y preciosísimo florón de la Iglesia Católica. A las dos leguas en la misma dirección hallase el cerro de Arapiles, célebre por la victoria alcanzada por nuestras tropas sobre las legiones francesas, en la guerra de la independencia. Al S. y S. O. encuéntrase la industriosa ciudad de Bejar, y la fuerte plaza Ciudad Rodrigo, que tanto dió que sufrir á los enemigos de nuestra autonomía en la referida guerra. Más al O. se hallan las nombradas villas de Ledesma y Vitigudino célebres la primera por sus baños, y la segunda por sus abundantes montes y ganados. La fundación de Salamanca se pierde en la antigüedad de los siglos, no faltando quien asegure, que su nombre es de origen griego, y por los mismos griegos sus primeros pobladores. Lo que está fuera de toda duda es, que en la invasión cartaginesa Salamanca era ya población de gran importancia, pues Anibal la saqueó, vengando la injuria cometida por sus valerosas mujeres. Los árabes la dominaron como el resto de la Península; pero gozaron poco de su posesión, pues en el tiempo de Alfonso

el Católico, ó á más tardar el Casto, volvió á poder de los cristianos.

Muchas y muy brillantes han sido las lumbreras que tanto en las ciencias como en las artes vieron la luz en esta célebre ciudad, mereciendo contarse entre otros muchos ilustres genios, el gran poeta Juan de Encina, el estatuario Manuel Alvarez, el no siempre bien alabado Gaspar Astete, el vencedor del Salado Alfonso undécimo, y el valeroso capitán de las Comunidades de Castilla, Maldonado. Sus edificios antiguos son tantos y de tal belleza, que con razón era llamada Roma la chica, conservándose después de tantas ruinas, algunas que son la admiración y asombro de cuantos las visitan. Entre ellas merecen nombrarse la Catedral obra gigantesca del siglo XVI; la Clerencia; Colegio de Jesuitas hoy Seminario Central, edificios sorprendentes por su magnificencia y bastísima extensión; el convento de religiosas Agustinas, una de las obras más bellas y de más mérito de Salamanca; el convento de PP. Dominicos, de los más suntuosos de nuestra Península; la

Iglesia de Santi Espíritus; la universidad, cuya fachada es de una escultura admirable; la plaza mayor que es un cuadrado perfecto con tres series de balcones en alineación simétrica, con soportales espaciosos, que sirven de paseo en todo tiempo, franqueados por ochenta y ocho arcos de de piedra sillería. En el centro de esta plaza hay hermosos jardines con gigantescos árboles y abundantes surtidores de agua que le dan amenidad y frescura. Existieron dentro de su recinto veinticinco parroquias, otros tantos conventos, muchos establecimientos de enseñanza que la colocaron en pasados siglos, al frente del movimiento literario, no sólo de España, si no del mundo entero, siendo considerado el fallo de sus Doctores como sello de infalibilidad. La universidad fué fundada por Alfonso IX rey de León, padre de San Fernando, esmerándose sus sucesores en engrandecerla con donaciones, rentas y otras gracias, así como los romanos Pontífices en enriquecerla con privilegios, distinguiéndose Alejandro IV que la declaró centro general de en-

señanza, en 1255. Tal era la importancia de la ciudad salmantina cuando recibió la visita del bachiller valisoletano, que iba á honrarla con sus extraordinarios talentos y sus ya bien probadas y celebradas virtudes. Empezó Toribio sus estudios bajo la inmediata dirección de su tío don Juan, á la sazón colegial mayor en San Salvador de Oviedo, alcanzando, como en Valladolid, las mismas glorias por su extraordinaria aplicación, no variando su tenor de vida, consagrada exclusivamente al estudio y prácticas de piedad. Ya empezaba la fama á darle á conocer, como modelo, el más perfecto, de escolares, haciendo en todas partes el elogio acabado de las cualidades y excelentes prendas del sobrino del Doctor Mogrobejo, cuando la Providencia abrió nuevos horizontes para difundir los brillantísimos rayos de su inteligencia y virtud.

Deseaba el rey D. Juan III de Portugal con grande ardor, elevar el crédito de la Universidad de Coimbra, y con este objeto hizo un general llamamiento á los sabios de más fama, ofreciéndoles ventajas conside-

rables, interesando para esta empresa al Monarca español. D. Juan Mogrobejo fué elegido de los primeros para este honroso cargo, acompañándole Toribio, para no verse privado de los beneficios de la profunda ilustración de profesor tan afamado. Diez años permaneció en aquella ilustre academia, oyendo las explicaciones de los más aventajados talentos de Europa, y cultivando su intelligenza con el estudio de los autores de más acreditado saber, llegando, puede decirse, á la cumbre de la ciencia del Derecho. No habia dificultad alguna que no resolviera pronto y acertadamente su penetrante ingenio. En los actos públicos, se dejaba ver su profunda erudición unida á la modestia, siendo innumerable el concurso de personas, ya instruidas, ya curiosas, que asistían á escuchar á este verdadero oráculo de saber. Poseía la literatura en grado tan eminente, que se expresaba con una pureza y corrección admirables. Coimbra se felicitaba de tener en su Universidad este ilustre español, y sin duda se disponía á impedir por todos los medios la

vuelta á su país, elevándole á las más encumbradas dignidades. Estos eran los planes del Monarca, y estos los deseos de aquel ilustrado claustro, asegurar la permanencia del canonista mayorgano, para aumentar la fama ya creciente de la Universidad Coimbrena. Pero Salamanca, á quien era bien conocido el mérito del joven mogrobejo, advirtió á tiempo el error en que había incurrido en desprenderse de este sabio, procurando recobrarle á toda costa, atrayendo á su seno á su tío D. Juan, de quien era inseparable el sobrino, ya por el cariño que le profesaba, ya por hallarse en avanzada edad y lleno de achaques. A este fin le dirigió una muy atenta comunicación, invitándole á tomar parte en las oposiciones á la Doctoral y Cátedra de Derecho Canónico, vacantes en aquella ocasión, cuyos elevados destinos ocupó después de unos brillantes ejercicios. No es para explicado el placer que experimentó Salamanca cuando vió asegurada ya la posesión, no del anciano Doctoral, cuya vida se apagaba por momentos, sino del Colegial que cual astro

de gran magnitud empezaba á eclipsar con sus brillantes resplandores el mérito de aquél Doctor venerable.

Un sólo año disfrutó Toribio de la amable compañía de su idolatrado tío, viéndole con profundo dolor bajar al sepulcro, agotadas las fuerzas por los penosos ejercicios del estudio y de la enseñanza, á los cuales consagrara la mayor parte de su preciosa vida. En estas circunstancias fué cuando se resolvió nuestro Santo á tomar la Beca en el Colegio mayor de San Salvador, para mantener viva la memoria del ilustre finado, gracia que le fué concedida con sumo placer de los colegiales, y unánime consentimiento de aquellos respetables sabios. Así la sabiduría infinita preparaba suavemente los caminos para colocar esta brillantísima antorcha en la sublime cumbre de la montaña santa de la Iglesia, para ilustrar á muchas almas con los rayos de su luz clarísima, y abrasar á otras con el fuego de su caridad ardiente.



CAPÍTULO OCTAVO

Vida ejemplar de Toribio colegial, Peregrinación à Santiago.

Hallándose Toribio en el lugar, que para sus nobles aspiraciones, podía llamarse predilecto, su puesto que á merced del retiro que en él se observaba, el régimen disciplinario que allí existía y el método en absoluto de aquella vida, le era muy facil dar vuelo á los sentimientos connaturales de piedad y rigurosas penitencias. Desde luego dió comienzo á la más estricta observancia de los deberes, sin faltar en nada ni dispensarse del cumplimiento de las más minuciosas prácticas que el reglamento ordenaba. A todo daba tal importancia que se creía culpable de falta grave, sinó lo ejecutaba con puntualidad y con ardor. Considerándose el más imperfecto de sus

compañeros, admiraba en todos y de todos copiaba los ejemplos que á su humilde juicio pasaban por sublimes y relevantes, grabando en su noble corazón las virtudes y perfecciones de los congregados. Amante como por naturaleza de la mortificación, entregose á la observancia del ayuno continuo y riguroso; empleaba con frecuencia las disciplinas de sangre, no apartaba de su cuerpo el áspero cilicio, y no se proporcionaba más descanso que el imprescindible para poder vivir, y este siempre sobre una desnuda tarima, ó el duro suelo. A este rígido método de vida, acompañaba la oración, que podía llamarse continua, pues nunca apartaba los ojos de su espíritu de la presencia de Dios, abrasándose en las llamas del más encendido amor, sobre todo cuando asistía á los divinos oficios en presencia de Jesús sacramentado, saliendo á su rostro el fuego en que interiormente se abrasaba. Su mayor recreo, después de la oración, era el estudio de los sagrados cánones y disciplina de la Iglesia, en los cuales veía su elevado ingenio la existencia del

divino Espíritu, prometido por su fundador Jesús, y de ellos se valía para mantener siempre viva la fé en las promesas divinas y pronto la obediencia á los preceptos de nuestra Santa Religión. Jamás se vió un corazón más dispuesto para amar, ni un entendimiento más docil para creer, ni una voluntad más resuelta para corregir defectos propios de nuestra flaca naturaleza, y adquirir virtudes, así tuviera que emplear sacrificios extraordinarios, afanes los más costosos, rigores los más extremados. Cuanto empezaba en el orden espiritual y con relación á la ciencia, lo concluía, teniendo como regla de su conducta, que en las cosas que se refieran á la gloria de Dios, detenerse es atrasar, y hacer largo y penoso el camino que deberá seguirse con celeridad y gozo. Efecto de esta costancia puede asegurarse que en su generoso pecho tuvieron asiento todas las virtudes, pues todas procuraba imitarlas, cuando en otros las contemplaba, con el fin de agradar más á Dios, y unirse á él con los lazos más íntimos y estrechos. Tanto era el deseo de po-

seer la cristiana perfección. Las prolongadas vigili-
as y las continuas mortificaciones llegaron á debilitar su salud en tales términos, que aquellos buenos compañeros hubieron de temer perdieran una perla de tan extraordinario mèrito. Pálido el semblante, sus ojos aunque de penetrante y dulce mirada, sin embargo hundidos y cercados de amarillento color, su respiración agitada, daban bien á entender que aquella luz estaba próxima á extinguirse. Con todo no se determinaban á retraerle de sus mortificaciones, por estar persuadidos de la rectitud de su corazón y de la sabiduría y prudencia que en todos los asuntos demostraba. Observaban en él ciertas señales de gravedad, y sobre todo un talento tan superior, que infundía respeto y embarazaba la lengua, siempre que intentaban hablarle de mitigaciones. Con todo eso, su caracter aunque grave, no dejaba de ser dulce, su trato afable y encantador, su mirada pura como el rayo del sol, su palabra cariñosa y agradable, su virtud en fin, sin afectación, prendas todas que le atraían las simpatías

de todo el Colegio, pero que á la vez comunicaban cierta veneración y dignidad. Celebraron una junta los Doctores en virtud de la urgencia que el caso demandaba, con el fin de insinuar en el ánimo de nuestro Santo la necesidad de moderar aquella vida de rigor, y reparar la salud, que á manera de delicada flor herida por los rayos del sol, se marchitaba, conviniendo todos en que se encargase de esta árdua comisión D. Francisco Contreras, el más íntimo de sus amigos, muy dado también á la virtud, y de gran capacidad y talento. Buscó luego este piadoso amigo ocasión favorable, para realizar cuanto le habian encomendado, y llamándole á su cuarto le habló con tal ingenio y dulzura, que Toribio desde el mismo instante, anegado en lágrimas, se resolvió á obedecerle, siguiendo en todo sus consejos.

¡Cuán docil y obediente es la verdadera virtud! No quiero pasar en silencio los detalles de esta honrosa comisión, por resultar de ellos, á la vez que gloria extraordinaria para nuestro paisano, un completo

conocimiento de la humildad profunda que se albergaba en su nobilísimo corazón.

Los colegiales todos, le dijo con dulzura el señor Contreras, fijan en tí sus ojos, y hablan mucho de tus severas penitencias á las cuales califican de ostentosas y practicadas con espíritu de vana gloria y singularidad. Mi opinión es que las moderes, porque lejos de servir de edificación, cual reconozco y confieso que es tu intento, lo es de destrucción y escándalo, pues das motivos para que se ocupen de ti, y seas la causa de ciertas inquietudes que puedes y debes calmar con un método más común y menos severo de vida. Admirado Toribio, y persuadido con estas reflexiones de su compañero, admitió desde luego el consejo, y esta conducta acabó por confirmar á los colegiales en el buen juicio que tenían formado de su eminente virtud.

En adelante, vivió mortificado y penitente, pero sin perder de vista los consejos y advertencias de su muy apreciable amigo. En su grande deseo, que bien pudiera llamarse ambición santa, de mortificarse, y de

satisfacer la sed ardiente de su corazón, con actos de piedad, le vino al pensamiento la idea de hacer una peregrinación á uno de los santuarios más célebres de nuestra España, y como en él pensar era obrar, cuando se trataba de hacer penitencia y dar gloria á Dios, desde luego empezó á poner en ejecución los medios de llevar á buen término esta religiosa empresa. Manifestó á su amigo Contreras el pensamiento, y al momento se comprometió á acompañarle á Compostela, lugar señalado, no tanto por ser el más frecuentado en aquella época, y de mayor fama, sino porque las asperezas del terreno les ofrecían ocasión de hacer mayores penitencias. Salieron, pues, estos dos distinguidos doctores en traje de humildes peregrinos, implorando la caridad pública, pasando las noches confundidos á veces con los araposos pordioseros, y otras á la intemperie en la soledad de las campiñas y los bosques. Por donde quiera que pasaban no podía menos de llamar la atención la hermosura de su fino rostro, y las formas elegantes que no podía encubrir la pobreza

de sus vestidos. Se acercaron cierto día á la casa de un potentado, en cuya puerta se hallaba una esclava negra, quien compadecida de aquellos dos gallardos jóvenes, les alargó una pequeña limosna de su propio bolsillo; Toribio la miró con sus angelicales ojos, y después de devolvérsela con amor y mil acciones de gracias, prometió encomendarla á Dios todos los días de su vida, como lo ejecutó, siendo la obra de esta pobrecita india, la primera que se le ofrecía á su memoria cuando se ponía en oración. ¡Cuán grande es el mérito de la limosna!

Llegaron por fin al término de su viaje, y sin darse á conocer, visitaron con acendrada piedad y reverencia el sepulcro del Santo Apostol, mezclados con los demás peregrinos y públicos pecadores; hicieron severas penitencias, como suele hacerse en esos lugares de reparación por los que han manchado sus conciencias con gravísimos crímenes. Purificaron sus almas, (si es que tenían alguna falta que purificar), en el Sacramento de la penitencia, y cumplidos con toda exactitud y rigor sus cristianos

votos, llenos de gozo y espíritu divino regresaron á Salamanca en la misma forma en que habían salido. Este rasgo de piedad se hizo público en la ciudad salmantina, á pesar de los medios empleados para ocultarle, siendo causa de que se aumentasen las muchas simpatías de que ya gozaba, y que su nombre fuera pronunciado hasta con veneración y respeto por todas las clases sociales. Al mismo tiempo que la tierra admiraba las virtudes heroicas del colegial de San Salvador, el cielo derramaba á torrentes sus bendiciones, y le 'abría nuevos horizontes en donde la ciencia adquirida en fuerza de desvelos, y la rectitud de su corazón, formada en virtud de multiplicados, ó mejor dicho, no interrumpidos actos de sacrificio y abnegación, pudieran servir de grande utilidad á la Iglesia y provecho á las almas, como se realizó, inspirando al monarca español para colocarle en uno de los puestos más delicados y difíciles de desempeñar en aquella época de revolución, que comprometía á la fé en la Europa, y hacía colosales esfuerzos por extender sus

negras alas sobre la católica España. La Providencia proveía á esta venturosa nación de generosos confesores, de sabios ilustres, no sólo por su ciencia, sino por las virtudes, por su nobilísimo candor y celestial prudencia, con cuyo valeroso apoyo pudo Felipe II poner á flote y en puerto de seguridad á nuestra querida patria. Uno de estos privilegiados genios fué el ilustre doctor de San Salvador de Oviedo, Toribio Mogrobejo.



CAPÍTULO NOVENO

Toribio inquisidor

Hallándose el colegial Mogrobejo consagrado de lleno á sus habituales ejercicios de estudio y de oración, pensando únicamente en hacerse sabio y santo, sin dirigir siquiera una mirada hacia ese campo, tan codiciado de muchos, de los honores y dignidades. Contaba ya treinta y siete años de edad y sin dejar de sentir vocación para el estado eclesiástico, sin embargo, como es propiedad de todo corazón recto, le infundía temor un estado que demanda altas cualidades de virtud y perfección.

Sólo había recibido la tonsura, con el fin de estar adscripto á la sagrada milicia; pero sin atreverse á subir á las órdenes mayores por la gran desconfianza de no poder llenar exactamente tan sublimes y difíciles

deberes. Tanta era su humildad y tan pequeño el juicio que tenía formado de sí mismo. Sin embargo, diferentes eran los juicios de Dios, que conociendo de un modo infalible el verdadero mérito y holgándose en ensalzar al humilde y abatir al soberbio, dispuso que esta brillante antorcha no estuviera por más tiempo oculta entre las estrechos muros de un claustro, sino que apareciese en lo elevado de la montaña, para que todos se alumbrasen con los brillantes rayos de su clarísima luz.

Había vacado el cargo de Inquisidor de Granada, entre todos los de España el más difícil de desempeñar, ya por la extensión del territorio, ya por ser una provincia recientemente conquistada, cuajada de moriscos y judíos mal convertidos, razones por las cuales se necesitaba un inquisidor de gran caridad, mucha rectitud, de celo ardiente y no menor actividad, un varón en fin, providencial, que pudiera extirpar los errores, dar paz á las conciencias y asegurar el dominio de nuestros reyes, más que con la fuerza de las armas con el imperio

poderoso de la religión y buenas costumbres Felipe II que en prudencia y sabiduría, para escoger sus dignos ministros para la religión y la política le han aventajado pocos, buscaba un hombre para desempeñar este cargo, adornado de cualidades excelentes, y, aunque la España abundaba en genios en aquellas circunstancias, fijó su penetrante y acertada mirada en Salamanca, centro de sabiduría y virtud.

Recorrió la lista de sus ilustres notabilidades, y no sin cierta inspiración, se detuvo ante la colosal figura del colegial mayorgano, y á su favor extendió el distinguido nombramiento. No es para explicado el gozo que recibió Salamanca, y sobre todo el colegio de San Salvador, cuando llegó allí la grata noticia de esta elección, y lo demostró con marcadas señales de júbilo, dando gracias á Dios y colmando de bendiciones y alabanzas al Príncipe.

El cabildo Catedral y la Universidad mandaron sus comisiones para felicitar al nuevo Inquisidor y al Colegio tan honrado en uno de sus miembros.

Sólo Toribio por su profunda humildad, experimentó tanta amargura y sentimiento que, á no considerarlo como disposición de la Providencia, hubiera renunciado tan elevado y distinguido cargo. Se resignó por fin, despues de maduro examen y las observaciones de sus compañeros, á la voluntad divina, y partió para Granada en donde se le ofrecía un vastísimo campo para ejercitar su delicada prudencia y su ardiente celo por la religión.

Son de notar algunas circunstancias en esta elección que revelan á las claras la mano divina. En primer lugar, su corta edad, pues no contaba más que treinta y siete años, la falta de órdenes sagradas, siendo como es natural este cargo de personas constituídas ya en dignidad, y sobre todo la provincia donde se le destinaba sin haber antes desempeñado cargo alguno en este Tribunal. ¿Cuántos peligros, y que de escollos no se iban á ofrecer á este inexperto joven? ¿Qué sin número de complicadas causas tendría que examinar y resolver en un territorio cuyos habitantes en crecido nú-

mero poco seguros en la fé, y muy adheridos otros á contrarias creencias no podían menos de embarazar la marcha del Tribunal, y probar la pericia del más hábil ministro. Así sucedió en verdad, y otro Inquisidor que Toribio, ó hubiera sucumbido ante el cúmulo de dificultades que á cada momento se ofrecían, ó hubiese tenido que hollar las leyes de un ministerio, tan justo como rígido en aquellos aciagos días. Pero nuestro Santo, que confiaba más que en sus fuerzas, en el auxilio divino, depositando en Dios todas sus esperanzas, pidiendo en sus fervorosas oraciones al cielo luces de acierto y de justicia, consiguió en poco tiempo, no sólo igualar, sino exceder á los más aventajados jueces del Santo Tribunal. Apenas hubo tomado posesión, ordenó según costumbre de sus primeros años, el tiempo entre la oración y el trabajo; examinaba con la mayor atención y escrupulosidad todos los expedientes, dándoles pronta y acertada solución, sobreseyó las causas que carecían de pruebas suficientes poniendo en libertad á los detenidos, y amonestán-

doles cual padre cariñoso, á que en adelante vivieran de suerte que nadie pudiera sospechar de su fé: hizo comparecer á los convictos de heregía y otros crimines, empleando cuantos medios le sugerían su ardiente caridad y talento, para sanar á estos miserables extraviados; añadió á los profundos razonamientos rigurosas mortificaciones para alcanzarles la gracia de la conversión, acompañados de súplicas y lágrimas, siendo muchos los que por este medio lograron el arrepentimiento y el perdón que benignamente les concedía. Mas, con los endurecidos y obstinados hereges, era á la vez que justo, inflexible, aunque jamás se excedió en el castigo señalado por las leyes. Granada tuvo con la conducta del santo inquisidor la dicha de ver reformadas las costumbres públicas, aminorados los crímenes, respetada la religión; contempló el buen orden y justicia en los tribunales, la prontitud en el despacho de los expedientes, la integridad en todos los subalternos, á quienes castigaba de la manera más severa por las faltas y descuidos en el cumpli-

miento de su sagrado deber. Como prueba evidente de la conducta del Inquisidor de Granada y de su rectitud, basta aducir el hecho, de que habiéndose procedido de orden de los superiores á examinar en este tiempo el procedimiento de los Inquisidores, cuando muchos sufrieron el destierro, ó fueron destituidos por resultar culpables, Toribio mereció los elogios, y recibió en público las gracias del Monarca y su consejo por su rectitud extraordinaria, celo y actividad. ¡Cuan evidente es, que, sin un gran fondo de Religión, y el apoyo de la verdadera virtud, es muy difícil desempeñar el ministerio público, sobre todo en elevados cargos, sin que sean suficientes ni el talento, ni las mayores disposiciones naturales para poner á salvo al hombre de los compromisos, errores y miserias de la vida! Toribio obró siempre impulsado por el juicio de una conciencia recta, y por el temor divino que regulaba todos sus procedimientos, no doblegándose jamás, ni á las exigencias de los poderosos, ni á las amenazas de los malvados, ni al peligro de perder la vida, teniendo

presente aquella máxima del Evangelio, que el que la pierde por Dios y por el cumplimiento de sus obligaciones en este mundo, la encuentra en la eternidad llena de felicidad y de dicha.



CAPÍTULO DIEZ

Es nombrado Arsobispo de Lima.

Pasáronse cuatro años ejerciendo el cargo de inquisidor, iluminando aquellas provincias con el fulgor de su profunda sabiduría, edificándolas con sus extraordinarias virtudes, cautivándolas con los poderosos atractivos de su bondadoso corazón, y purgándolas de los abominables crímenes contra la Religión. Era un verdadero padre para todos sus gobernados, y estos le consideraban y respetaban tanto, que jamás se vió un inquisidor ni más amado, ni más justamente temido. El cielo le había dotado de gracias especiales para atraerse los corazones, y enriquecido con luces para desempeñar con acierto los más difíciles y comprometidos cargos. En estas circunstancias, se hallaba vacante la iglesia de

Lima, en el Perú, por muerte de don Diego Gómez Madrid, una de las más dilatadas é importantes Diócesis del orbe católico, y deseando el Rey mandar un Prelado que á la sabiduría uniese la prudencia y el valor para remediar los abusos, y evitar contiendas y dificultades que á cada paso surgian entre las autoridades en aquellos apartados climas, fijó sus ojos este poderoso Monarca en el joven inquisidor de Granada. A la verdad, que el ministerio episcopal en el nuevo mundo demandaba Prelados de las condiciones de los Basilio y Ambrosios, llenos de celo para extender el reino de Dios por aquellas vastas regiones encubiertas aún con las negras sombras de la idolatría; de caridad ardiente para remediar tantas miserias de alma y de cuerpo; de caracter inflexible, sobre todo, para sostener los fueros de la justicia, muchas veces conculcada por la ambición de orgullosos mandarines, para defender los derechos de los pobres indios, abandonados al capricho de oficiales subalternos, para resistir, en fin, los violentos ataques de los enemigos de la

paz y del orden. Era necesario un sacerdote dotado de las virtudes de un Apóstol, fuerte para corregir, prudente para gobernar, dulce para atraer, sabio para convencer, compasivo y misericordioso para socorrer, paciente y sufrido para instruir á aquellos rústicos neófitos, y arraigar en sus coracones la santa semilla del Evangelio. Se necesitaba un Pontífice lleno de valor sagrado para derribar los templos de la idolatría, vencer los mayores polígnos, atravesando lugares incultos, sufriendo los rigores del clima. ya helado, ya abrasador, y sobre todo, para luchar de frente con los abusos que empezaban á desarrollarse, como de ordinario sucede en los países medio civilizados y poco arraigados en la fé.

Este es el verdadero retrato del Prelado que se necesitaba para la Archidiócesis de Lima, y tal era el que Felipe II buscaba entre los sacerdotes españoles para aquella perla inapreciable de la corona de Castilla. ¿Y quién había de creer, mirando las cosas bajo el punto de vista humano, que, habiendo en España tantos sacerdotes llenos de

sabiduría, tantos Prelados aventajados en la virtud, habria de ser elegido un simple clérigo, un tonsurado solamente, y de sólo cuarenta años de edad? ¿Quién no vé en esto la mano de la Providencia, que así quería remunerar las virtudes del Santo, encumbrándole al pináculo de la gloria, como socorrer á su Iglesia con el auxilio poderoso de tan esclarecido Apostol? A tí, patria querida, no puedo menos de volver en esta ocasión mis ojos bañados con las dulces lágrimas de la alegría, á tí me convierto con el entusiasmo de un verdadero hijo, para colmarte de bendiciones, para darte mil parabienes y llamarte dichosa por haber sido madre del más rico y precioso tesoro de Castilla. Tu nombre ya ilustre en los fastos de la historia, acaba de ceñirse de laureles eternos de gloria, con los honores á que ves encumbrado á aquél niño que vió la primera luz en tu amorosísimo seno, y á quien llena de asombro contemplaste como nacido para tan augustas dignidades. Bendita, sí, villa noble de León, patria del gran prodigio de santidad, Toribio Alfonso Mo-

grobejo. De la misma manera que el Monarca castellano fué dirigido por la mano divina para nombrar al colegial Salmantino Inquisidor, así también lo fué en la elección para el Arzobispado de Lima, siendo nada más que fiel instrumento de las sabias disposiciones del Altísimo. El resultado probó suficientemente esta verdad, cuando el Romano Pontífice alabó su exquisita prudencia, y todos recibieron con aclamaciones de júbilo el nombramiento del hombre que en todas partes era conocido como modelo de justos y de sabios. Indecible fué el pesar que se apoderó del joven inquisidor cuando recibió esta sorprendente nueva, y el primer impulso de su humilde corazón, fué mandar la renuncia en el mismo instante, que sin embargo, aplazó por unos días para no lastimar la delicadeza del Monarca. Con todo eso pasando un ligero plazo entre angustias y turbaciones, ansioso por devolver la paz á su agitado espíritu, se resolvió á mandarla al Rey y á su consejo de Indias. Sus razones se fundaban en la corta edad y falta de

experiencia para un cargo tan elevado. ¿Cómo, Señor, siendo tantos los sacerdotes llenos de sabiduría y virtud en vuestros vastos dominios, habéis fijado vuestra real atención en un pobre clérigo, sin méritos siquiera para aspirar al sacerdocio? Devolved la calma á mi corazón, sustituyéndome por quien pueda ser más útil á la Iglesia de Dios y más digno de las glorias de la patria. ¡Qué beneficios puede hacer á la Religión, y qué ventajas puede llevar al nuevo mundo un simple tonsurado, y un canonista de tan escaso mérito, como vuestro humilde súbdito? Así se expresaba, y así juzgaba de sí mismo este genio, que había de dar nuevos y gloriosos timbres á la nación española, y á las Américas ejemplos nunca vistos de sabiduría y virtud.

Extraordinario fué el gozo que recibió el Monarca, cuando tuvo en sus manos la renuncia de este Apostol, y las razones en que se apoyaba, acabaron por persuadirle, si ya no lo estuviera, de lo muy acertado que había sido su nombramiento. El lenguaje de Toribio, no era el de vana hipocresía,

como suele ser el de los ambiciosos del mundo, y Felipe II así lo comprendió; estaba bien penetrado que el Inquisidor de Granada pensaba tan bajamente de sí mismo, cuanto era su distinguido mérito, hablaba como creía, porque su vista humilde no le permitía ver otra cosa que sus imperfecciones, y no las extraordinarias prendas y dones que los demás en él admiraban. Así es que, sin detenerse á deliberar el Rey le devolvió la renuncia. Conozco, le decía cariñosamente, la delicadeza de tu conciencia, y la rectitud de tu corazón, y no me extraña que te consideres inhábil para el cargo que en presencia de Dios me ha parecido justo conferirte. Tus razones me agradan, pero no me convencen, resignate por lo tanto con la voluntad del que todo lo puede, cuyos sabios designios me parece cumplir al reiterar mi voluntad, y confirmar mis propósitos. Sin embargo, te concedo tres meses de prórroga para que lo consultes con Dios, y te resueles de conformidad con lo que el Señor te inspire.

Sin temer de contrariar la voluntad del

Rey, apesar de que conocía muy bien la firmeza de su caracter, estaba dispuesto, sin embargo, á insistir en la renuncia por el miedo de comprometer su salvación eterna. Examinaba detenidamente y con reflexión los sagrados deberes de un Obispo, la responsabilidad de tan alto ministerio, las luchas que tenía que sostener para aliviar y mejorar la miserable condición de aquellos pueblos: tenía á la vista el ejemplo reciente de F. Bartolomé de los Mártires y otros ilustres Prelados, cuyos heroicos esfuerzos en defensa de aquellos desgraciados neófitos, habian sido poco menos que estériles; todas estas razones pesaban tanto en su delicada conciencia, que desconfiando de sus fuerzas, aunque era grande su esperanza en Dios se recelaba de echar sobre sus hombros una carga tan pesada. Nunca estuvo tan contristado su magnánimo corazón nunca su alma fuerte y generosa sufrió más que en estos dias de deliberación. No le arredraban los trabajos ni el martirio; pero sí el ofender á Dios si no correspondía á esta sublime vocación, por los dones e qu

requiere. Este era su mayor, ó mejor dicho el único miedo en que zozobraba su espíritu delicado y rectísimo.

Entre tanto, sus numerosos amigos y sobre todo el claustro salmantino, hacían todos los esfuerzos posibles para inclinar su corazón y obligarle á la admisión del Arzobispado. Sus primeros argumentos fueron encaminados á levantar su abatido espíritu, apoyados en la voluntad divina, que escoge según su beneplácito, lo más debil para confundir lo fuerte, los vasos más frágiles para que resalte más su omnipotencia. Con todo eso, nada podían conseguir de un alma que se conceptuaba tan escasa de gracias, y que no buscaba su salvación sino en los ejercicios más humildes. Cesaron pues de combatirle por este lado, y como conocían á fondo su caracter, emprendieron el rumbo que con seguridad había de coronar su obra. No eran ya el mérito personal, ni la sabiduría del Monarca tan acertado en distinguir de la aptitud de los ministros, que escojía, ni siquiera el unánime consentimiento de todos los hombres sensatos y rec-

tos, todas estas reflexiones capaces de doblar otro ánimo que poseyese la abnegación en grado menos heróico que el de Toribio, fueron desechadas como inútiles, y en su lugar apelaron á los medios de que se valió su amigo Contreras para moderar sus penitencias.

Aunque temamos contristarte, le escribian los colegiales de Salamanca, y llevar á tu espíritu mayores turbaciones que las que padeces, no podemos menos de decirte, que solo un egoismo excesivo, ó el amor extremado que te tienes, son la causa de que te sostengas en la oposición tan temeraria como injusta. Se deja ver con toda claridad, por tu conducta, que prefieres tu comodidad á la gloria de Dios y salvación de las almas. Estás en un error si crees que el Arzobispado de Lima es más bien, que un cargo honorífico y de interés, un puesto de grandes sacrificios y trabajos: son muchas las ovejas que no han oído la voz del pastor ni una sola vez siquiera, muchas las almas que reclaman el pan divino de la palabra y no hay quien se le reparta.

Por consiguiente, renunciar á este laborioso ministerio es lo mismo que querer huir del trabajo, ó condescender con la cobardía y la flaqueza de tu espíritu. Siendo joven, puedes prestar incalculables servicios á esa inmensa grey que el Señor te ha confiado, si renuncias por evitar el trabajo, recaerá la elección tal vez en un anciano, que, á pesar de sus buenos deseos no pueda cultivar con el esmero debido aquella viña cubierta de maleza, y abierta á las desoladoras fieras. ¿Y quién sino tú, será el responsable de los daños ocasionados á la Iglesia de Lima? ¿Quiénes serán tus más temibles acusadores en el Tribunal divino sino esos pobrecitos indios, que te aguardan con los brazos abiertos para que sacies el hambre que tienen de instrucción y de doctrina? Acuérdate de que en la Iglesia de Dios han existido, y existen, Apóstoles que marchan alegres al combate, confiados, más que en su pericia y fortaleza, en la gracia de Dios, que apoya á los verdaderos humildes.

Considerando Toribio que su resistencia

podiera interpretarse torcidamente, y que sus excusas sirvieran de escándalo en el reino, se resolvió, aunque con profundo sentimiento, á aceptar el Arzobispado, no sin antes haber explorado la voluntad divina por medio de unos severos ejercicios espirituales, ásperas penitencias y fervorosas oraciones.



CAPÍTULO ONCE

Prepárase para partir á Lima.

Su primer paso, después de haber aceptado el Arzobispado, fué encaminarse á la Corte, no tanto para dar las gracias al Monarca, cuanto para tratar ante su persona y consejo de Indias de hacer más tolerable y lisonjera la suerte de sus pobres hijos. Muchas y muy justas eran las quejas que llegaban al pie del Trono de aquellas apartadas regiones, de la crueldad de algunos oficiales, de la desmedida codicia de otros, y de los abusos de muchos aventureros, que atravesaban el Océano con la intención de medrar á costa de los infelices indios. Toribio abogó por ellos y defendió en presencia del Rey sus derechos, con tal unción y energía, que alcanzó gracias especiales para sus queridas ovejas, dándole á la vez

seguridades de que serían atendidas y remediadas cuantas quejas y reclamaciones hiciera en beneficio de sus amados súbditos. Despedido del Monarca, de quien recibió señales las más evidentes de consideración y aprecio, se encaminó á su querida patria para despedirse de su anciana madre y de sus dos hermanas, de las cuales, una había abrazado el estado del Matrimonio, y la otra, según datos, aunque no muy seguros, se había consagrado á Dios en un monasterio, tal vez el de San Pedro Mártir de la misma villa. El contento y satisfacción que ocasionara á su pueblo este esclarecido hijo, no son para explicados, así como las fiestas y regocijos públicos á que durante su permanencia, se entregaron aquellos sus entusiasmados paisanos. Me parece ver al pueblo mayorgano salir al encuentro de Toribio con aquella alegría de las hijas de Israel al recibimiento del vencedor de Goliath, llenando los aires de atronadores vítores, doblar su rodilla ante su angelical presencia, derramar lágrimas de júbilo al contemplar las gracias de su peregrino y hermoso

rostro, y levantar las manos al cielo para enviar gracias al Todopoderoso por la dicha que con la visita de tanta nobleza y dignidad les dispensaba. Pocos fueron los días que Mayorga gozó de la presencia de tan distinguido huesped, como idolatrado hijo, sus deseos serían no verse privada de la vista de este divino sol, que con los rayos de su celestial candor y de caridad ardiente la bañaba; lamentaba la separación de aquél brillantísimo astro, que más á ver no volvería; sin embargo, forzoso era que dejara á su pueblo para emprender la marcha al punto donde la Providencia le destinaba. Salió por último, después de satisfecho el fin á que había obedecido su viaje, dando el postrero adios á su venerable madre, que tanta parte tenía en las glorias de tal hijo, con su esmerada educación y cristianos ejemplos, llevándose los corazones de sus queridos paisanos, y dejando indelebles recuerdos de tan honrosa visita.

Cuarenta y dos años tenía nuestro Santo en esta ocasión, siendo por lo tanto muchos los ancianos que habían visto con alegría su

nacimiento, muchos los que frecuentaron en su compañía las aulas y los templos, muchos los que tenían impresas en su corazón aquellas aventajadas virtudes, que en la niñez le vieron practicar con verdadera admiración y asombro.

Desde Mayorga se encaminó à Sevilla, en donde recibió las Sagradas órdenes y con ellas la plenitud de la gracia, que à semejanza de los apóstoles, lleno su corazón de fuego y amor divino, siendo á continuación consagrado por aquel Arzobispo, y embarcándose para América en el mes de Diciembre de 1580.



CAPÍTULO DOCE

Navegación, corre peligro su vida

Desde el momento que se dió á la vela hasta su llegada al puerto llamado Madre de Dios, no cesó un sólo instante de ejercer las prácticas ya de piedad, orando con fervor á la majestad y omnipotencia que contemplaba en aquellas vastísimas llanuras y espumosas olas del Océano, ya de caridad y misericordia instruyendo con su dulce palabra á los tripulantes, dando á todos saludables consejos, que animados de la gracia divina, hacían admirables efectos en cuantos les escuchaban. La navegación no pudo ser más pronto ni más feliz, pues las tempestades, como respetando la santidad del Arzobispo, no rugieron en todo el largo trayecto, dando paso las serenas olas á la embarcación que conducía al más precioso

tesoro de castilla. A principio del mes de Mayo saltó á tierra siendo su primera ocupación doblar la rodilla, y ofrecer al altísimo, á imitación de Noé, el sacrificio de gloria y alabanza por la misericordia ejercida en tan largo y penoso viaje. Sin embargo, el Señor que había mirado con excepcional providencia á este ilustre navegante, permitió que aquella preciosa vida arrastrase el mayor peligro, no tanto para probar su fé, como suele hacerlo con la mayor parte de los justos, cuanto para demostrar al nuevo mundo que el Arzobispo Limano, más que hombre era verdadero ángel, y que tenía á su favor el cielo para cuidar de su vida, y desempeñar el alto ministerio que llevaba. Al atravesar la gran distancia, que separa el puerto de Madre de Dios, de Panamá, hállanse terrenos cubiertos de pantanos, cortados por muchos ríos, algunos de ellos caudalosos, y al vadear uno de ellos, se presentaron ante el mulo que cabalgaba el Santo, dos horrorosos caimanes de que tanto abundan aquellas cenagosas riberas. El animal asombrado empezó á

dar grandes y repetidos botes, lanzando al Arzobispo en medio de las aguas, envuelto en sus largos vestidos, no ya sólo con riesgo de ser devorado por los fieros anfibios, sino de ser arrastrado y envuelto entre la corriente. Cuantos le acompañaban se llenaron de espanto, y sin poder prestarle auxilio, lamentaban la inopinada y terrible desgracia con la pérdida de su preciosa vida. El Santo sin inmutarse imploró el auxilio divino, y este no se hizo esperar, pues al acercarse á él los carnívoros caimanes para cebarse en la presa, se quedaron como estátuas, flotando sobre las ondas cual ligera pluma, aquel bendito cuerpo, llegando salvo á la ribera. Toda la comitiva se sobrecogió de un temor santo á vista de tan raro prodigio, y bañados sus ojos en lágrimas de alegría abrazaron al tramaturgo con no menos respeto que admiración.

El Señor permitió esta terrible prueba para hacer pública la santidad del Arzobispo, y de este modo preparar á los pueblos á recibirle cual verdadero enviado del cielo, como se realizó, pues el resto del via-

je, pudo llamarse una marcha triunfal, saliendo de todas partes á recibirle, y tributarle los más distinguidos honores. No fué este sólo prodigio el realizado en su paso para Lima, pues la Providencia interesada en dar á conocer el gran mérito del Apostol del Perú, le ofreció medios para ejercer el poder de hacer milagros, en las muchas necesidades de cuerpo y alma de los que á cada paso se le presentaban en los pueblos, que recorría. Al acercarse á Lima, ya nadie dudaba en aquella crecida ciudad que iban á ser visitados por un Santo, y como á tal se disponían para recibirle; ardían todos en deseos de ver su apacible rostro, y de besar sus manos prodigiosas. Creyendo aquellos sencillos habitantes que su llegada sería más pronta, si salían á su encuentro, partían en grupos numerosos para tener la dicha de conocerle los primeros, y como para estimularle á que cuanto antes entrara en posesión de los corazones, que con la fama tenía ya conquistados. Por fin, llegó el anhelado momento, entrando en la Metrópoli el día 24 de Mayo de 1581.

CAPÍTULO TRECE

Su entrada en Lima, toma posesión del Arzobispado

No hay cosa que más levante el espíritu religioso de los pueblos, ni excite más su gratitud para con el omnipotente, que la santidad de los ministros que les envía; ni la ciencia, ni las riquezas ni todo el poder junto del mundo promueven y animan el entusiasmo de los súbditos, como la virtud y santidad de un Prelado, que viene en nombre de Dios á derramar gracias y bendiciones del cielo. En Lima se habían recibido antecedentes los más honrosos de las condiciones que adornaban al Arzobispo; nada ignoraban ya ni de su gran talento, ni de los brillantes puestos que había ocupado en la península, ni de la profunda humildad que le obligara á renunciar el emi-

nente lugar que á ocupar venía, su caridad ardiente para con los pobres, y el celo por extender la gloria de Dios. Esto unido á las recientes pruebas de santidad con los prodigios verificados en su viaje, hubo de disponer los ánimos de los Limanos tanto en su favor, que el día de su entrada, sólo puede decirse que los enfermos dejaron de salir á su glorioso recibimiento.

Los aplausos y regocijos del pueblo tocaron á su término, cuando vieron al pié de sus muros al angel del Señor, en cuyo rostro afable y cariñoso se dejaba entrever el corazón nobilísimo que su pecho encerraba. Bendito el que viene en el nombre del Señor: Bendito el Dios que nos le envía: bendito el Apostol de las Indias: bendito el santo y sabio Arzobispo: tal era el eco que, brotando espontáneamente de los labios de todos, cruzaba de uno á otro extremo de la ciudad: las calles y plazas se hallaban interceptadas por el inmenso gentío que ansiaba conocer de cerca y recibir la bendición del Santo Prelado. Los arcos triunfales, las ricas y vistosas colgaduras, las alhajas más

preciosas sacadas al público, para honrar de este modo, la presencia de un tan deseado Pontífice, revelaban bien á las claras el entusiasmo, que jamás se había visto en aquella populosa ciudad. Toribio recibió todos estos honores con un corazón agradecido; pero sin estimar en mucho estas glorias mundanas, que suelen degenerar bien pronto en dolorosas amarguras. Encominose á la Catedral, en donde postrado humildemente, dió gracias al Todopoderoso, que le había conducido salvo: oró con todo el afecto de su corazón por sus queridas ovejas, saludando al pueblo con un discurso tan lleno de caridad y unción evangélica, que emocionado el auditorio prorrumpió en copiosas lágrimas de alegría. Nadie osaba separarse de su lado; ni se cansaban de contemplar aquel magestuoso semblante, á quien el Señor parece había adornado en ese día de tan extraordinarias grácias, que más que simple mortal, parecía un abrasado y hermoso querubin. Forzoso era proporcionarle el descanso conveniente, y no sin grandes súplicas y esfuerzos de las auto-

ridades pudo conseguirse de aquel piadoso y anhelante concurso dejar el paso libre, para que se trasladara á su palacio. Establecido ya en su casa, y cumplidas todas las atenciones de urbanidad con las autoridades y demás personas que le habian dispensado atentas visitas, dió principio á los trabajos de su elevado ministerio con aquella constancia y firmeza de caracter que tanto le distinguía.

La Diócesis de Lima era en aquellas circunstancias una de las más vastas del mundo, y demandaba por lo mismo la actividad y talento de un genio extraordinario, la paciencia y fortaleza de un santo, el celo y prudencia de un Apostol, y el Señor habia en sus misericordias dotado á esta feliz Iglesia del hombre que necesitaba en las grandes necesidades que sufría. Faltaba mucho que hacer para que la Religión Católica ejerciera todo su poderoso ascendiente sobre muchas almas, que á causa de la corrupción de costumbres de muchos que llevaban este nombre, la miraban con cierta prevención y hasta odio, siendo necesá-

rio que se presentase un héroe, dotado de verdaderas condiciones evangélicas, para disipar las nieblas de la duda y las preocupaciones, que pesaban sobre muchos débiles espíritus. Faltaba mucho que hacer en el arreglo de las parroquias, gran parte de ellas empobrecidas y hasta desprovistas de ornamentos sagrados, y lo que era más de desear, de pastor que repartiese el pan de la Doctrina: faltaba como iglesia naciente, el orden y buen régimen en la administración de los bienes eclesiásticos, y sobre todo, había muchos sitios á donde no había llegado ni una sola vez la voz del Evangelio; de todo lo cual se había de ocupar el Arzobispo, y había de dar, como lo dió, gloriosa cima, para aumentar la gloria de Dios, y sus ya incalculables méritos. En primer lugar, nombró una comisión de sabios y virtuosos sacerdotes para que le formasen un plano exacto de todo el Arzobispado, un estado general de las parroquias que contenia, rentas de las iglesias, condiciones de los que las administraban, monasterios, hospi-

tales y demás asilos de beneficencia, con el fin de emprender con verdadera prudencia y sin levantar la mano, las reformas que más juzgara necesarias para el buen gobierno. A su lado llamó los hombres de mayor honradez é intachable conducta, proveyendo todos los destinos de palacio, hasta los más insignificantes, en los más inteligentes y virtuosos. En su casa empezó á reinar desde el primer día el orden y economía más admirables, siendo los muebles pocos y pobres, y los gastos ordinarios cual es los de un monasterio de las órdenes más observantes. Se comía en comunidad, según el método del gran Obispo de Hipona, leyéndose el santo Evangelio y demás libros de la Escritura con los escritos de los padres, dando de esta suerte alimento espiritual al alma á la vez que el material al cuerpo, orden que nunca llegó á alterarse, aunque á su mesa asistiesen personas extrañas y elevados dignatarios. Todos los criados y dependientes, aun seglares, tenían sus horas destinados para el rezo y la meditación, confesaban y comulgaban con frecuencia,

inspeccionándolo todo por si mismo, sin dispensarles jamás de estas obligaciones, fuera de cuando se hallaban enfermos. Era tan estricta la disciplina y tan rígida la observancia que se guardaba en la casa episcopal, que con frecuencia se decía: más parece un convento de religiosos dados á la contemplación y la penitencia, que el palacio de un príncipe de la Iglesia.

Arreglado de esta manera el interior de su palacio, de suerte que nadie pudiera con justicia echarle en cara defecto alguno, dió principio con celo verdaderamente apostólico á reformar las costumbres, tanto del clero como del pueblo. Ocupaba muchas horas del día en examinar por si mismo los expedientes, así de querellas y peticiones, como de gracias y beneficios, en todo lo cual procedía con extremada y delicada cautela: examinaba los hechos, pesaba las razones, concretaba y analizaba minuciosamente las circunstancias más insignificantes, de lo cual resultaba que siempre procedía con acierto, dándole el Señor luces para premiar la rectitud de su conciencia.

cia. Nunca dió entrada á una delación que no estuviera sólidamente probada, y jamás castigó á delincuente alguno, sin que él mismo confesase que justamente sufría el fallo de la ley. Este procedimiento tan rígido como constante, sin modificación ni alteración alguna, hizo que los sacerdotes reformasen sus costumbres, temerosos del juicio severo é infalible de aquél juez tan justo y sabio, que parecía penetrar en el interior de las conciencias. Para entablar algún recurso en su Tribunal, era indispensable consultar con la mayor prudencia el derecho que á cada cual pudiera asistirle; pues allí las recomendaciones no tenían entrada, ni la sorpresa era posible, ni el soborno, ni la astucia de los defensores; la razón, el derecho, eran las que exclusivamente alcanzaban el triunfo. Con este comportamiento tan recto y conforme á la ley de Dios, aminoró, y puede decirse, acabó con las demandas y pleitos, viéndose los genios díscolos y pendencieros reducidos al silencio, por no incurrir en la triste alternativa de ver desechada su petición, ó su-

frir el fallo justísimo de la ley. Después que la Diócesis pudo conocer á fondo el carácter de su Obispo y sus levantados sentimientos de nobleza y de virtud, emprendió su primera general visita, para inspeccionar por sí mismo lo que ya por referencia conocía, para esparcir y derramar sobre los pueblos el precioso rocío de la palabra divina, para curar como buen médico las enfermedades de sus súbditos, y llenar como pastor y padre amante esa nobilísima misión que no reconoce igual en la tierra.





CAPÍTULO CATORCE

Primera visita episcopal, trabajos y milagros.

Entre los deberes primeros del pastor coloca el Santo Concilio de Trento conocer á sus ovejas, y antes del concilio lo había dicho el Pastor divino, yo soy el buen pastor y conozco mis ovejas. Este conocimiento no puede tenerse sino se visita el rebaño, se examinan y palpan sus necesidades, con el fin de aplicarlas el verdadero y oportuno remedio. Un Obispo tan celoso como el de Lima no podía pasar mucho tiempo sin cumplir con este tan importante deber, y por lo mismo, después que todas las cosas estaban preparadas, allegados todos los recursos para atender á las muchas necesidades de antemano conocidas, salió acompañado de su secretario y un práctico del terreno á girar la primera visita, de la cual

había de sacar tan copiosos y benéficos resultados. Caminaba á pié la mayor parte del tiempo atravesando espesas y dilatadas selvas, sierras escarpadas llenas de fieras y serpientes, pantanos peligrosos, capaces de infundir espanto al corazón más esforzado. La inclemencia del tiempo no era bastante para detenerle más que lo preciso para cumplir sus deberes; lo mismo arrosaba el frío que el calor, el agua torrencial que la bochornosa calma. No dejaba aldea por insignificante que fuese, ni choza humilde y retirada que no visitara. Superior á toda fatiga buscaba sus ovejas en las quebradas y miserables grutas de los montes; enterándose del grado de instrucción, su manera de vivir, los recursos con que contaban, la educación de los niños, el pasto espiritual que recibían, y sin informarse de todas estas circunstancias que podían interesar á su sagrado ministerio, no pasaba á otro punto, siendo por estos motivos, felices los resultados que obtenía. Su ardiente celo le obligó á penetrar en tierra de salvajes con inminente riesgo de perder

la vida. Vivían estos en lo más inaccesible y áspero de las montañas entre las concavidades de las peñas, ó los huecos de robustos árboles á manera de bestias; y movido á compasión este pastor santísimo, empleó todos los medios de atraerlos al camino de la salvación. Instábales con mucha dulzura á que se acercasen á él, les acariciaba ó reprendía con suavidad sino se mostraban dóciles, y como último y eficaz recurso, acudía á Dios, implorando su misericordia para vencer su obstinación y dureza. El Señor escuchaba benigno sus fervorosas súplicas, poniendo á su disposición la naturaleza, obrando muchos milagros que le alcanzaban lo que no podía conseguir por su persuasión y consejo. Hallábase cierto día predicando á una turba inmensa de estos miserables salvajes, bajo los rayos de un sol abrasador y faltando agua con que aplacar la sed de los que desmayaban y se verían próximos á morir, hirió con su báculo un peñasco del cual salió agua con tanta abundancia, que los pobres indios se sobrecogieron de terror, postrándose á sus piés

con la mayor reverencia, y permaneciendo inmóviles en esta actitud, hasta que el Santo les mandó acercarse á esta fuente milagrosa, pues para ellos la había hecho brotar el Señor que les predicaba. Existe en la ermita de mi pueblo un hermoso cuadro, en donde se contempla al Arzobispo con los ojos elevados al cielo y á las madres alargar á sus criaturitas sedientas y moribundas el agua fresca de aquella roca viva. Verdadero apóstol de Jesucristo le acompañaban todas las señales de un enviado del cielo, como en los primeros tiempos de la Iglesia. Mandaba le presentasen los enfermos y con sola la señal de la Cruz les sanaba sus dolencias por rebeldes y desesperadas que fuesen; pisaba sobre las ponzoñosas serpientes sin recibir lesión alguna, detenía las corrientes de las aguas, aumentaba los alimentos, lanzaba los demonios, siendo tal el número de prodigios, que logró con ellos convertir á infinidad de ídólatras, extender el nombre de Jesucristo y hacer respetar su santa religión, allí en donde jamás había sido anunciada, ó se

había mirado con desprecio, regresando á su diócesis profundamente mortificado de los grandes trabajos; pero más satisfecho de los frutos conseguidos. Fueron estos tantos y de tanta utilidad en toda la diócesis, que no pueden explicarse sino por una sencilla comparación de lo que pasa á nuestra vista. Sucede con frecuencia ver dilatadas campiñas abrasadas por los rayos del sol, á consecuencia de una larga y pertinaz sequía, las plantas mustias por la falta de jugo dejan caer sus tallos, que llenan de angustia el corazón de quien las contempla; de repente suena el trueno, cúbrese la atmósfera de negros y espesos nubarrones, cae á torrentes el agua sobre aquellos agostados sembrados, y al momento recobran su vigor y lozania: tales fueron los efectos ocasionados en la diócesis de Lima, con los rocíos de luz y gracia derramados por la nube milagrosa de la palabra del Arzobispo. Áridos se hallaban los corazones de los más de sus súbditos, y próximos á perder la fé no muy arraigada en sus almas, pero la presencia de este pastor divino, sus

predicaciones, sus crecidas limosnas y sobre todo su ejemplo y sus milagros dieron tanta animación y vida, que la Religión recobró su esplendor primitivo, igualando á las más florecientes Iglesias de los Apostólicos tiempos. No puede explicarse con palabras, sobre todo el celo que desplegó en la fundación de hospitales, casas de misericordia, asilos para ancianos y huérfanos, monasterios para religiosas, todo á sus expensas, y con tal rapidez, que apenas daban principio las obras cuando se veían terminadas. Su afan era remediar las necesidades de todos, aunque él de todo careciese, siguiendo el ejemplo de San Pablo, á quien se propuso imitar con la mayor exactitud este nuevo Apostol de las Indias.



CAPÍTULO QUINCE

Reformas y Concilios

Por más que la religión es santa, y en sus dogmas permanezca siempre invariable, no necesitando jamás de reforma, siendo su regla de fé la palabra de Dios, ora consignada en la Escritura, ora en la tradición; no sucede lo propio con la disciplina, que puede variar, y de hecho varía, según las circunstancias de los tiempos. A sólo el Romano Pontífice como cabeza de la Iglesia, y à los concilios corresponde variar esta disciplina general de la misma Iglesia, ó aprobar las reformas que los Prelados crean convenientes introducir en su diócesis. A este fin se encaminan los sinodos diocesanos y provinciales, en los cuales se delibera seriamente sobre los puntos disciplinares, que de conformidad con las circunstancias,

consideran dignos de reforma. Las Iglesias del nuevo mundo, sobre todo las del Perú, se hallaban necesitadas de este remedio, á causa de las turbulencias de los tiempos, que habian introducido relajación en ese punto, que con razón puede llamarse el nervio de la Iglesia por la fuerza y vigor que comunica á la moral y al mismo dogma. El deseo que animaba á nuestro Santo de extirpar los abusos y dar al culto divino el mayor esplendor posible, para que se inflamaran los corazones en el amor de Dios, le obligó á convocar un Concilio de toda la provincia Peruana, avisando á todos los Prelados, encareciéndoles la necesidad de arreglar conforme al espíritu del Santo Concilio de Trento, la disciplina y cánones porque se gobernaban aquellas Iglesias. El tiempo que medió entre la convocatoria y la reunión de los Obispos, le consagró al estudio de las materias que habian de tratarse, aprovechándose de las instrucciones que el Señor le comunicaba por medio de la oración, y de las recibidas prácticamente en la Santa visita.

Llegó el día de dar principio á las sesiones en la misma ciudad de Lima, con asistencia del virey y de toda la grandeza, y después de implorar los auxilios divinos, y deliberar sobre los puntos que debian tratarse, convinieron los jueces en todo cuanto el sabio Arzobispo les habia propuesto, quedando arreglados en cinco sesiones todos los asuntos, formándose en ellos muchos decretos y constituciones llenos de sabiduría, en tanto grado, que merecieron la aprobación de la silla Apostólica, y se mandaron observar por el consejo de Indias, no sólo en la provincia eclesiástica de Lima, sino en las demás Metrópolis y sufragancias del nuevo mundo, lo cual revela el espíritu y buen acierto del ilustre canonista mayor-gano, alma y agente principal de todos estos trabajos. No fueron, sin embargo, escasos los inconvenientes, ni pequeñas las amarguras que tuvo que experimentar, para ver coronada esta obra de tanto interés para la Iglesia y utilidad de las almas; y sólo á la firmeza de su carácter fué debido que este concilio, y otros dos que se celebraron

en su tiempo, no sufrieran la suerte de los que antes se habían celebrado sin resultado alguno. Pero no era este grande genio de los que se detenían ante las dificultades que opone el espíritu del mundo á las obras de Dios, y á pesar de la resistencia y oposición de muchos magnates, y entre ellos, algunos obispos, los cánones empezaron á observarse, y la reforma se abrazó por quienes la zaherían y repugnaban. Este favorable resultado elevó tanto el mérito del Arzobispo de Lima, que su fama tomó el más levantado vuelo, no ya sólo en América, sino en Europa, en donde se pronunciaba su nombre con respeto, comparándole en sabiduría y valor con los Ambrosios y Crisóstomos. Con arreglo á las disposiciones del Concilio proveyó los importantes cargos de párrocos, confesores y predicadores en sujetos los más idóneos, no tanto por la suficiencia de su doctrina y talento, cuanto por la integridad de sus costumbres y probada virtud; empezó la erección del Seminario, el primero que se conoció en América, edificio suntuosísimo, de gran capacidad y her-

mosura, dotándole de rentas suficientes para sostener sabios profesores, y escolares pobres, que á su disposición uniesen la virtud y demás prendas para el ministerio eclesiástico. En esta magnífica obra tuvo la ayuda del virey D. Martín Enriquez, por orden de Felipe II, llevada á cabo con toda perfección en un pequeño espacio de tiempo. Aquí también tuvo que experimentar grandes disgustos, que sin duda el cielo permitió, para que más resaltase la fortaleza de éste héroe, y para dar á su Iglesia acabados modelos que imitar. Con motivo del patronato sobre esta obra benéfica, surgió una cuestión entre el virey y el Arzobispo, aquél defendía que, perteneciendo al Rey, á él exclusivamente correspondía elegir los seminaristas que habian de ser agraciados, con otras pretensiones que lastimaban los derechos de la Iglesia; el Prelado por el contrario, sostenía que á él sólo incumbía escoger los que en su día habian de ser Ministros del Señor, examinar su origen y condiciones, y de no ser así, no admitiría alumnos para no perjudicar á las inmuni-

dades eclesiásticas, oponiéndose con toda su energía á ceder en asunto tan importante y delicado. El Virey que, á su elevado cargo de poder y autoridad, unía un carácter violento, hubo cierto día de amenazar al humilde y pacífico Prelado sino desistía de sus propósitos, á lo cual repuso el Santo con valor verdaderamente apostólico: en las casas que son de Dios, á él sólo obedezco, y ni el destierro ni el martirio serán bastantes para hacerme ceder los derechos de la Iglesia. El Rey tuvo conocimiento de estas discordias, y falló, como era de esperar, en favor del prelado. Estos gloriosos triunfos le suscitaron nuevas é injustas persecuciones, á las que oponía únicamente la paciencia y oración. Así como en la defensa de los derechos de la Iglesia, que son los de Dios, era vigoroso é inexorable, para perdonar injurias que se le hacían, era excesivamente misericordioso y benigno. Sus labios jamás pronunciaron la más ligera queja contra sus enemigos, ni nunca se holgó de los triunfos conseguidos contra ellos. A todos trataba como hi-

jos, ó como iguales, y siempre que alguno reconocido de su injusto comportamiento le pedía perdón, le abrazaba con especial ternura, diciéndole: reconcíliate con Dios, á quien has ofendido, en cuanto á mí nada veo en que pueda culparte. Magnánimo y generoso corazón que nunca dió entrada al encono y al odio.

Su tenor y método de vida era el más austero y penitente. Se levantaba constantemente antes de la aurora, poniéndose en profunda meditación, á la que seguía el Santo sacrificio de la Misa, que celebraba con tanta devoción y recogimiento que en el altar más parecía Serafin ardiente que un hombre, saliéndole al rostro señales marcadísimas del divino fuego en que su pecho ardía. La acción de gracias era tan fervorosa y humilde, que se asemejaba á los ángeles prosternados ante el trono del Altísimo. Allí era donde nuestro santo hallaba sus mayores consuelos, allí alcanzaba ese tesoro de virtudes que enriquecían tanto su alma, comunicándole Jesús ese espíritu de sabiduría, fortaleza y humildad, que ani-

maba y vivificaba todas las operaciones de su ejemplarísima vida.

Su comida era escasa y frugal, admirándose sus familiares como podía vivir, cuanto más soportar con tan reducido alimento fatigas tan continuas, y trabajos nunca interrumpidos. Todo su recreo estaba reducido á un ligero paseo, que saboreaba con amenas conversaciones de utilidad para los que le acompañaban. Al anochecer se retiraba, rezando á continuación el oficio divino en unión de los sacerdotes de su servicio, el cual nunca interrumpió, ni aún para dar audiencia á los más poderosos, á quienes hacía esperar hasta pagar á Dios este Santo tributo. Seguían las devociones particulares y la meditación de la noche, en la que empleaba dos horas, la que jamás omitió por ocupado que se hallara. A la meditación seguía la cena, que toda su vida se redujo á un poco de pan y agua. Se despedía con afabilidad de todos sus familiares; retirándose á un apartado y reducido aposento, en donde practicaba penitencias tan rigurosas, que á sólo Dios están reservadas

y él sólo puede conocer y apreciar. Su sueño era ligero é interrumpido con frecuentes y fervorosas jaculatorias, actos encendidos en el más abrasado amor. Este método le observó siempre con el mayor rigor, debido al cual llegó á ese grado eminente de santidad, que le pone al nivel de los Prelados más respetables de nuestra Santa Religión. A pesar de sus muchas y variadas ocupaciones, se le veía asistir con frecuencia al coro con los Canónigos, presenciando los divinos oficios, y edificando á todos con la devoción y compostura que guardaba en el templo. Predicaba los días festivos con un celo y unción tales, que inflamaba los corazones, siendo raros los que acudían á escucharle, que no se convirtieran por encenagados que se hallaran en los vicios.

Oía las confesiones de los penitentes más rudos é ignorantes, á quienes por sí mismo instruía, y á imitación de San Ambrosio les excitaba al llanto con las abundantes lágrimas que brotaban de sus ojos, siempre que los hallaba enredados en ocasiones próximas ó graves peligros de perder su salva-

ción eterna. Era en fin, todo para todos, deseando sacrificar su vida en beneficio de sus queridas ovejas, y en honra y gloria de la Religión Santa, de cuyo espíritu puede decirse únicamente vivía.



CAPÍTULO DIECISEIS

Continuación de sus trabajos apostólicos hasta su gloriosa muerte.

Aunque su pensamiento único era pensar en Dios, su idea dominante unirse á Él por el amor más puro y encendido, sin embargo, los cuidados de su ministerio le obligaban á ocuparse hasta del bien temporal de aquellos pueblos medio salvajes, encaminando sus esfuerzos á fomentar entre ellos las artes, inspirarles amor al trabajo, y extender la ilustración que consigo lleva siempre la luz del Evangelio. Para lograr estos tan nobles y ventajosos fines, emprendió su segunda visita pastoral, llenándole de satisfacción el buen estado en que se hallaba la Iglesia y el espíritu religioso de los pueblos. Al acercarse el Prelado daban estos de mano á sus ocupaciones y trabajos,

y salían á su encuentro, celebrando su entrada cual la de un verdadero conquistador, en medio de las aclamaciones más espontáneas de sus pechos agradecidos. ¿Y cómo no había de suceder así, cuando, en unas poblaciones se veían iglesias levantadas á sus expensas, en otras, ornamentos primorosos para el culto divino, aquí asilos en que serrecogían los pobres desvalidos y ancianos, allí monasterios en donde se albergaban jóvenes consagradas á Dios, todo debido á la liberalidad y celo de su santo Arzobispo? ¿Cómo no habían de amar á su Pastor, cuando en su bondadoso corazón hallaban refugio seguro á todas sus necesidades? Nadie le pidió una gracia que saliese de su presencia desconsolado; nadie derramó lágrimas que no fuesen al momento enjugadas con el paño de su misericordia; nadie se le presentó oprimido que no mitigara su dolor, hasta sus mismos enemigos hallaban siempre protección y amparo seguro en su paternal y compasivo pecho. Sin despreciar á los poderosos, sus especiales atenciones las guardaba para los pobres, á quienes

convidaba y servía á la mesa, sin que fuesen impedimento ni su vestido andrajoso, ni la rusticidad y falta de cultura. Los enfermos eran, ante todo, el objeto de sus cariñosas visitas, animándolos á padecer con resignación por Dios, y dejando limosnas á los menesterosos para hacer más ligeros y suaves sus males.

Escitaba á los pueblos á que expusieran con libertad y franqueza, los defectos de los sacerdotes para corregirlos y evitar daños espirituales al rebaño de Jesucristo, que tanto le costara redimirle. Con los delincuentes agotaba primero los medios de dulzura y suavidad, apelando en último recurso al castigo, que se dejaba sentir con el rigor de juez recto é inexorable. A los buenos párrocos los trataba con tal afecto y cariño, que sin necesidad de vanos y estériles encomios, ganaba sus corazones y les comunicaba espíritu y aliento para continuar con más vigor su ministerio. Su visita pastoral podía más bien llamarse misión, no tanto por la predicación continua de la divina palabra, cuanto por los frutos que de

ella recojía: reconciliación de enemigos, reparación de injurias, y de daños, alejamiento de escándalos, estoblecimiento de asociaciones piodosas; estos y otros benéficos resultados eran seguidos á sus sabias exhortaciones y discursos llenos de fuego divino. Con grande consuelo pudo observar en esta su segunda visita los beneficios de sus apostólicos tráabajos de la primera cuando al penetrar en tierras de salvajes, vió que las costumbres habían variado por completo, viviendo en sociedad, y hallándose entre ellos virtudes cristianas. Se levantaron nuevas Iglesias dotándolas de celosos párrocos; se abrieron escuelas para instruir á la juventud; se interesó con los poderes públicos para proteger la agricultura y las artes, no omitiendo ningún medio para llevar á estos pobres indios la felicidad para sus almas, y la dicha y bienestar para sus cuerpos. Su mayor gozo era allegar recursos y emplearlos en extender el reino de Dios entre estos infelices pueblos, proveer los templos de ornamentos sagrados para hacer el culto más respetuoso y grave, enviar operarios

celosos para hacer prosperar la semilla del Evangelio, que él plantaba, y hacer que el imperio de la Cruz, dominase hasta el más apartado rincón de aquella vastísima diócesis. A estos nobles fines dirigía su acción con la mayor constancia y energía, sin olvidarse de interponer su valimiento con el Dios de las misericordias, á quien dirigía súplicas fervorosas y ofrecía sacrificios y penitencias por la prosperidad de su rebaño y por el aumento de la Religión Santa. Imitando la conducta del patriarca del dolor todos los días tomaba sobre sus hombros las faltas de sus hijos, aplacando al cielo con sus oraciones y las más rigurosas disciplinas, y desempeñando el importantísimo cargo de verdadero reconciliador del hombre con Dios, la misión sublime de Pontífice del Señor, modelo acabado de la Santidad sacerdotal, á quien el cielo escuchaba por su grande misericordia, y le era propicio en todas sus súplicas, por su humildad y mansedumbre. Nada faltaba á este Santo Arzobispo de cuanto á su elevada dignidad convenia para ser de Dios favorecido, y de sus

ovejas amado. Su celo puede compararse al del sacerdote Finés, que quisiera ver del mundo desterradas la maldad y ofensas al Señor; su fortaleza á la de los mártires; su paciencia á la del antiguo patriarca de la Indumea; su mortificación igualaba á la de los más austeros solitarios de la Tebaida, su desprendimiento al de los Apóstoles, y su caridad una verdadera copia de la que en el mundo practicara el divino Maestro nuestro adorable Redentor.

El cielo le colmó de gracias y bendiciones, haciéndole florecer como la palma, y multiplicarse como el cedro del Líbano, llenándole del espíritu de sabiduría, y haciendo que su nombre se repitiera siempre con respeto entre aquellas apartadas gentes, no sólo de la diócesis de Lima, sino de todo aquel dilatado continente.



CAPÍTULO DIECISIETE

Gloriosa muerte de Santo Toribio.

Se acercaba ya la hora de las recompensas para el celoso y santo Arzobispo de Lima. La corona eterna de la gloria tegida por las manos purísimas de celestiales espíritus, iba á ceñir las sienes del infatigable Apostol del Perú, que había regado con copioso sudor, y hecho florecer el Catolicismo en aquellas estériles tierras. El Señor se disponía á recibir en el seno de sus divinas mansiones á este angel, que pasó por la tierra de ingratitud y de pecado, sin manchar su alma ni contominar su espíritu con el más ligero polvo de la maldad. Los justos de aquella Jerusalén celestial, abogaban ante el Trono del Altísimo por tener en su compañía un varón tan santo, y que la tierra no merecía. En efecto, la muerte,

inevitable hasta para el mismo autor de la vida, vestido de nuestra carne, iba á descargar el golpe postrero sobre aquel cuerpo quebrantado con los muchos trabajos, mortificado con continuas y duras penitencias, y agobiado con el peso de los años, pasados desde la infancia entre privaciones y amarguras. Lleno de achaques y dolencias emprendió por tercera vez la visita general de su Diócesis, no queriendo permanecer ocioso ni un sólo instante, á pesar de no permitirle su malestar sosiego alguno. Llegó á la villa de Saña con intención de celebrar en ella las fiestas de Semana Santa en el mes de Marzo de 1606, y agravándose por momentos la enfermedad, advertieron los médicos á sus familiares el peligro en que se hallaba la vida del Arzobispo. Uno de sus capellanes se encargó de avisarle, y lejos de entristecerse con tan fatal nueva, fué tanta la alegría que se apoderó de su corazón al escuchar este duro mensaje, que lleno de extraordinario gozo, hubo de exclamar: He recibido sumo placer con las cosas que me has dicho;

y, después de darle las gracias, puso en su mano el regalo que tenía destinado para el primero que le anunciase la muerte. Enseguida se preparó para confesarse, lo que hizo con tanto dolor y compunción de espíritu, que el sacerdote que le reconciliaba no podía contener el llanto. Dispuso enseguida le llevaran á la iglesia para recibir en ella el Sagrado Viático; y como le advirtiesen que en virtud de su mal estado se le traerían á casa, contestó lleno de humildad y fervor: No soy digno que el Rey de la gloria venga á visitarme á mi morada; yo iré á la suya á recibir las gracias de su inefable misericordia. Se cumplieron sus deseos, y el pueblo que contempló este rasgo de abnegación de su Prelado, conducido al templo en manos extrañas, llenaba las calles de lamentos, por acercarse la hora de perder un padre tan tierno y bondadoso. Arregló enseguida su testamento, dejando por sus herederos á los pobres, á quienes llamaba ordinariamente sus acreedores. Hasta su misma cama mandó entregar á una desgraciada familia, y preguntando á

su mayordomo si había aún alguna cosa que le perteneciera, contestó con abundantes lágrimas: El Arzobispo mi señor, príncipe de los más poderosos de la Iglesia, nada posee, y muere en cama prestada. Esto me llena el alma de placer, y en esta hora me sirve de gran consuelo aproximarme á mi querido Salvador, que desnudo murió por mí.

Se le administró el Sacramento de la Extremaunción que recibió con humildísimo recogimiento, y advirtiéndole que se alumbraba con un candelero de plata, mandó se le entregaran al primer pobre que acertara á pasar por la calle. Así, entre los sollozos de los circunstantes, á quienes en vano consolaba con semblante risueño, y entre los fervorosos actos de amor divino, entregó su bendita alma al Señor, á la misma hora en que celebraban los oficios del Lavatorio, que tantas veces había hecho con humildad y devoción profundas. Preciosa fué su muerte, como la de todos los justos que andan por los caminos del Señor; pasando su benditísima alma á gozar del premio de sus heróicas virtudes, el veintitres

de Marzo de mil seiscientos seis, á los sesenta y ocho años de edad.

No es para explicado el sentimiento que se apoderó del corazón de todos los fieles al saber la muerte del Santo Obispo: los pobres, sobre todo, presentaban como testimonio de su caridad, los vestidos que cubrían su cuerpo; los asilados señalaban las casas levantadas por su misericordia, los pobres aldeanos acudían á los templos por él erigidos anegados en lágrimas de dolor; y todos lamentaban la pérdida del Pontífice más santo que había visitado el nuevo mundo. Su cuerpo, rodeado de celestial hermosura, fué conducido á Lima entre un concurso inmenso y las aclamaciones envueltas con lágrimas, siendo depositado en la Catedral, en el sepulcro que el Señor empezó á hacer glorioso por los muchos milagros que en él se obraban, acudiendo todos los necesitados á experimentar su protección en muerte, así como lo hicieron en vida. Fueron tantos los prodigios, que los Limanos acudieron en unión del Rey y Prelados españoles, á Roma, demandando su beatifica-

ción, como así lo ejecutó el papa Inocencio undécimo en el año 1679, siendo canonizado despues por Benedicto trece, en el año 1726. Gloria á Mayorga por haber enjendrado un hijo de tan elevado mérito, ilustre cuna de sabios y de santos.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Milagros obrados por Santo Toribio.

Vivimos en un siglo racionalista, y por lo mismo enemigo declarado de todo lo que lleva la marca de lo sobrenatural y divino. Esto no obstante, con todos los esfuerzos de su extremada y exajerada crítica, y del vigor de su inteligencia desarrollada al esfuerzo del progreso en las ciencias naturales, con las que pretende explicar cuántos fenómenos extraordinarios tienen lugar en el mundo, siempre será un hecho evidente que ocurren con frecuencia ciertos casos, ante los cuales la razón se detiene, y la ciencia enmudece por no encontrar en las leyes naturales recursos para concordar el efecto con la causa, ó mejor dicho, porque el efecto no puede explicarse sin la intervención de un agente superior á las fuer-

zas de la naturaleza. Tales son los hechos que los Católicos llamamos milagros, ó prodigios sobrenaturales, que constantemente se obran en la Iglesia de Dios para utilidad de los fieles, y como prueba inequívoca del origen divino de la Religión que profesamos. Mayorga ha presenciado en los siglos pasados y en el presente un grande número de hechos de esta naturaleza por la poderosa mediación de su glorioso hijo Santo Toribio, por lo que, agradecidos sus piadosos paisanos, acuden á él en los peligros y apuros de la vida, dándole el honroso título de Milagroso. En las paredes de su Ermita vense pendientes los gloriosos trofeos del poder sobrenatural, alcanzados sobre la despiadada muerte, próxima á cebarse en una víctima, que á nuestro Santo volvía sus ojos, cuando en lo humano se habían agotado los recursos. Allí se ven cuadros que representan curaciones instantáneas de enfermedades rebeldes, insignias de tullidos que recobraron el movimiento de sus miembros, muletas, vestidos, figuras en cera, que allí colocaron los favorecidos con su agra-

decida mano para recuerdo de las generaciones que nos han de suceder.

No quiero omitir en este lugar, un prodigio visible y permanente, que tiene lugar en mi querido pueblo, y es: el mantenimiento tan vivo de los sentimientos religiosos, y la gran afición que á todos anima de escuchar la palabra divina, pues sólo el nombre del sermón los entusiasma é impulsa á escuchar con una devoción, cual no se ve en pueblo alguno; y lo que parece increíble, los hombres que en muchas poblaciones viven hoy por desgracia retraídos de estos santos actos, son en Mayorga los primeros que asisten, sin encesitarse grandes esfuerzos de oratoria para arrancarles las lágrimas, lo cual no tiene natural explicación en estos tiempos de indiferentismo. Allí en ese pueblo feliz, ninguno que haya nacido y haya sido regenerado con las aguas del bautismo, ha perdido la fê, ninguno muere arrojado en los brazos de la impiedad, ninguno parte de esta vida sin que le acompañe una grande esperanza de ser favorecido en el tremendo juicio por su

Santo abogado, y sin que se despida de esta tierra de miseria, pronunciando el dulce nombre de Toribio.

Nuestros padres nos han trasmitido cual herencia de incalculable valor esta devoción tierna, que á la vez ellos recojieron de los suyos, y espero que ha de pasar de generación á generación, sin que experimente enfriamiento por las brisas de la impiedad, que hoy todo lo invaden. El gran Arzobispo de Lima tiene en la patria de los bienaventurados un trono cercado de majestad y gloriosos resplandores, y desde tan eminente y poderoso lugar dirige sobre el pueblo que le vió nacer miradas de cariñoso y compasivo hijo; intercede con el Todopoderoso por la prosperidad de la villa Leonesa, y todos sus paisanos podemos contar infaliblemente con su protección y ayuda, si dóciles á las gracias que del cielo nos alcanza, le seguimos con constancia por la senda de las virtudes de que nos dió ejemplo cuando en la tierra fué Toribio Alfonso Mogrobejo, hijo de la ilustre villa de Mayorga.

Para terminar, añadiré algunas advertencias que pueden servir como de complemento al elogio del Santo.

La Diócesis de Lima tenía en su tiempo ciento treinta leguas de extensión, cortada por la cordillera de los Andes, uno de los montes más elevados del mundo, empleando en la primera visita siete años, y diez en las dos últimas, caminando á pie la mayor parte del tiempo. Estudió y hablaba con facilidad todos los dialectos de esta vasta región.

Cuando estaba en Lima visitaba diariamente los hospitales y asilos de beneficencia. En una peste enagenó todo cuanto poseía para socorrer las necesidades públicas.

Fué el restaurador de la piedad, que se hallaba casi extinguida á su entrada; siendo considerado por sus sabios decretos en América, Europa y hasta en Roma, como verdadero oráculo y legislador profundo.



H I M N O

Á

SANTO TORIBIO ALFONSO MOGROBEJO

Presta á mi voz tus dulces melodías,
ardiente Serafin de excelso coro,
y tu regio salmista el arpa de oro
de inspiradas y tiernas armonías,
para un himno entonar de fino acento,
que exprese de mi amor el sentimiento.

Mayorga, ilustre villa,
blasón glorioso de la fiel Castilla,
en tu fecundo y celebrado suelo,
de guerreros invictos maravilla,
hizo nacer el Cielo
un héroe, que en candor y en hermosura,
no cede al genio de mayor altura.

Toribio Mogrobejo,

en ciencia y en virtud limpio espejo,
de caridad modelo y penitencia,
del astro matinal vivo reflejo,
al angel parecido en la inocencia.
No sé cómo llamarle,
ni el tono y el estilo en que elogiarle.

Su valor y firmeza
de corazón, unida á la nobleza,
dan á su nombre peregrina fama;
en la humildad profundo, sin bajeza.
¿Quién de su amor explicará la llama?
Se requieren los labios
y el lenguaje sublime de los sabios.

Valladolid admira
de sus primeros rasgos la belleza,
cuando á sus plantas mira
de Satán abatida la fiereza.
El Cielo tan temprano á su destino
con luz providencial marca el camino.

Cual águila su vuelo
veloz remonta de la ciencia al cielo,
en Coimbra, también en Salamanca:

pretende en vano con humilde velo
encubrir la luz franca
del talento, por cuyos resplandores
sus glorias presagiaron los doctores.

El Monarca y Consejo de Castilla,
de la España por el bien ansiosos,
al astro ya que en Salamanca brilla,
inquisidor le nombran animosos,
de su virtud prendados y su ciencia,
y alaban la divina Providencia.

En Granada encomiado,
del Monarca más grande idolatrado,
de adversarios de nuestra ley temido,
en sus justos decretos aplaudido.
A todo atiende con ardiente celo,
y de herejes malvados limpia el suelo.

Gozoso el Rey le envía,
inundando á los pueblos de alegría,
del Cielo por las luces alumbrado,
á Lima, y este día
el nuevo mundo mantiene en sus anales
grabado en caracteres eternas.

Sólo Toribio ansioso,
entre sollozos los mares va surcando,
de sus ineptitudes temeroso,
al Dios de las verdades invocando:
el Occéano le mira generoso
y cerrando con gozo sus entrañas,
allana de sus aguas las montañas.

Furiosos dos caimanes se presentan,
de los instintos de matar guiados,
y se quedan inmóviles, consternados,
cuando su cuerpo devorar intentan.
Seguro alaba à Dios en la ribera,
de las bestias burlada el hambre fiera.

En Lima á su llegada,
tal es el gozo y el placer es tanto,
que la plebe de júbilo anegada
las calles baña de amoroso llanto.
Vé en su mirada el rayo luminoso
no de mortal, de Querubín hermoso.

Visita con afán y ardiente celo
la más humilde choza en su Obispado,
cruzando con paciencia el monte alzado,

y de pantanos el viciado suelo.
De diestro cazador á la manera
la presa sigue, con amor la espera.

Sin fatiga su firme y sabia mano
arranca de aquel suelo los errores,
plantando lindas y preciosas flores,
en el antes desierto Peruano.
Suya es la bella Rosa
del pensil de la Iglesia tan preciosa.

Animado de su celo ardiente,
los Concilios convoca, los dirige;
el cielo su asistencia hace patente,
en la ciencia y acierto con que rige
del Perú la Metrópoli, y en Roma
á sus triunfos se teje la corona.

Seminarios, iglesias, hospitales,
huérfanos, desvalidos, achacosos,
ocupan sus cuidados paternales;
y en trances apurados, dolorosos,
de su casa los muebles enagena,
sin alivio jamás quedar la pena.

Muere Toribio, y la mansión divina,
que al justo abre sus brillantes puertas,
el alma pura que hacia allá camina
entre nubes de luz, encuentra abiertas.
En mares de esplendor allí bañada,
tiene sin fin su placida morada.

¡Oh! mayorgano Santo,
de tus paisanos el placer y encanto:
el más humilde de miserias lleno,
consagra á tu memoria un pobre canto.
Recibe, te suplico, estos honores,
á cambio de tu mano los favores.

Al pueblo en que naciste, que es el mío,
de dones abundantes el rocío
del alto cielo generoso envía;
jamás sienta Mayorga tu desvío,
nunca llore quebrada la armonía;
gozando de la paz y las dulzuras,
que, siendo fiel, en tí tiene seguras.

Sublime criatura,
objeto de mi afán y mis amores,
portento de hermosura,

lucero de brillantes resplandores,
azucena tan bella como pura.
Oloroso clavel, jazmín divino,
sé mi guía del cielo en el camino.

—
A la mayor gloria de Dios.

→ ❁ ←

→ ❁ F I N ❁ ←

→ ❁ ←



